

CONQUISTA ESPACIO

EL INVESTIGADOR

Rocco Sarto

CIENCIA FICCION



EL INVESTIGADOR

Rocco Sarto

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Frontera espacial* Law Space.
2. — *Trampa galáctica,* Joseph Berna.
3. — *Cibernauta,* Curtis Garland.
4. — *¡Devorados!,* Ralph Barby.
5. — *El enviado de Bongo,* Joseph Berna.

1.

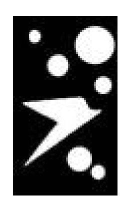
ROCCO SARTO

EL INVESTIGADOR

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 695

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.465-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: diciembre, 1983

1.a edición en América: junio, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL **BRUGUERA, S. A.** Camps y Fabrés, 5, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba mirando el mar cuando *Yaya* me puso sobre aviso.

Era un día hermoso o, por lo menos, lo había sido hasta aquel momento. Mucho sol cayendo como una mortaja pálida, amarillenta y reverberante sobre mi isla, creando espejismos breves y continuos sobre la arena de yema de huevo.

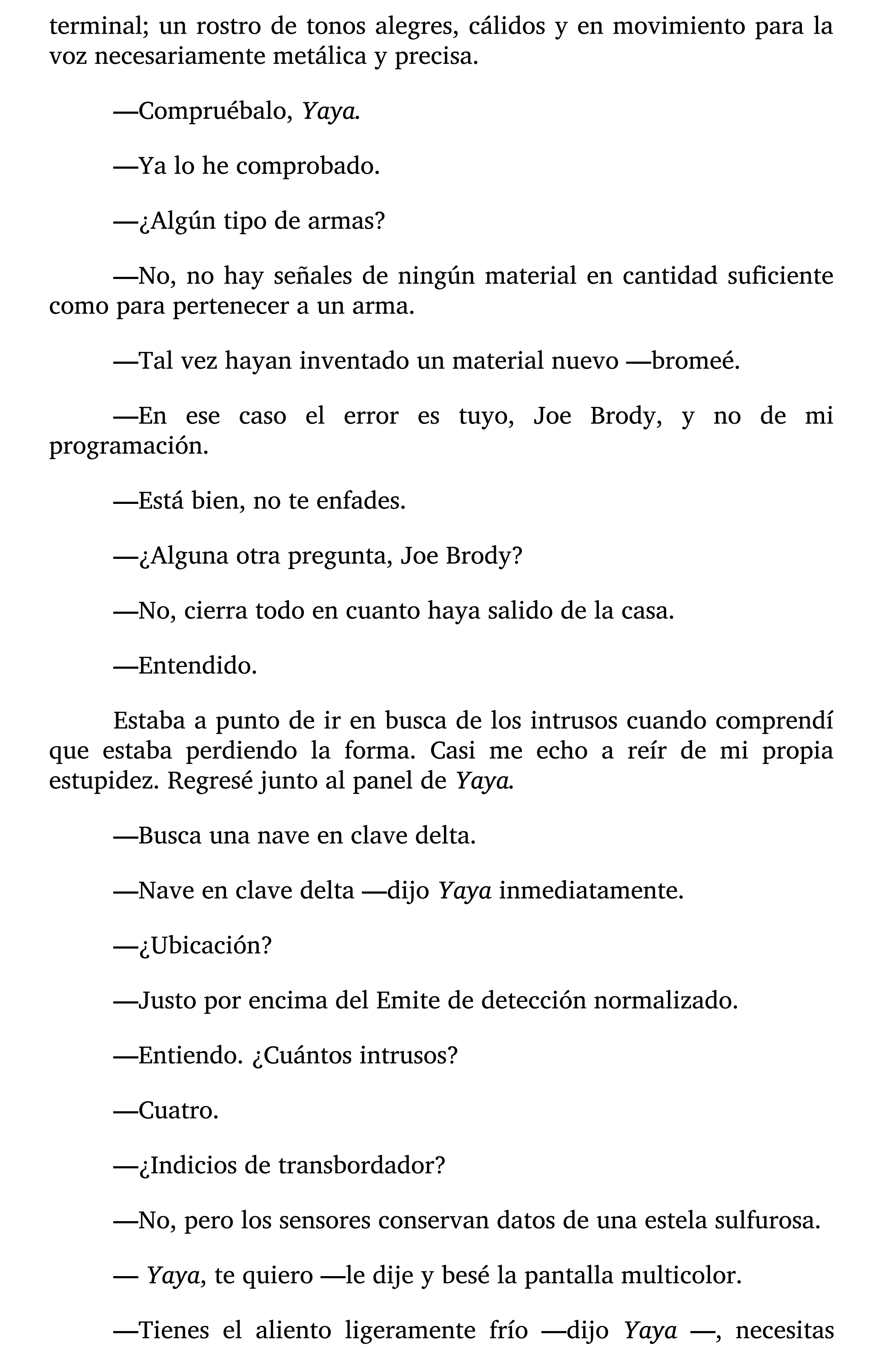
Me puse de pie contrariado. Había estado aguardando el momento en que el doblón sangriento del sol se zambullera en el horizonte y cuando ya inspiraba los últimos restos del paisaje para perderse en la comba de la Tierra, entonces *Yaya* comenzó a llamarme.

No era un llamado propiamente dicho, sino un *tip tip* monocorde pero suficientemente agudo como para detectarlo sin inconvenientes. Mi sistema de alarma cubría la isla y *Yaya* era capaz de hacerme llegar sus mensajes incluso en la línea de arrecifes.

Entré en la casa apoyando mi pulgar izquierdo en una célula sensible y me acerqué al terminal.

—¿Qué ocurre, *Yaya*?

—He detectado intrusos en el área S-l y N-l —replicó la voz metálica del ordenador y en la pantalla vislumbré una ofrenda multicolor que desbordaba de un embudo gris como una cascada de flores extrañas. Ese era el rostro que yo había puesto a la voz del


terminal; un rostro de tonos alegres, cálidos y en movimiento para la voz necesariamente metálica y precisa.

—Compruébalo, *Yaya.*

—Ya lo he comprobado.

—¿Algún tipo de armas?

—No, no hay señales de ningún material en cantidad suficiente como para pertenecer a un arma.

—Tal vez hayan inventado un material nuevo —bromeé.

—En ese caso el error es tuyo, Joe Brody, y no de mi programación.

—Está bien, no te enfades.

—¿Alguna otra pregunta, Joe Brody?

—No, cierra todo en cuanto haya salido de la casa.

—Entendido.

Estaba a punto de ir en busca de los intrusos cuando comprendí que estaba perdiendo la forma. Casi me echo a reír de mi propia estupidez. Regresé junto al panel de *Yaya.*

—Busca una nave en clave delta.

—Nave en clave delta —dijo *Yaya* inmediatamente.

—¿Ubicación?

—Justo por encima del Emite de detección normalizado.

—Entiendo. ¿Cuántos intrusos?

—Cuatro.

—¿Indicios de transbordador?

—No, pero los sensores conservan datos de una estela sulfurosa.

— *Yaya*, te quiero —le dije y besé la pantalla multicolor.

—Tienes el aliento ligeramente frío —dijo *Yaya* —, necesitas

cambiar la dieta.

La pantalla era sensible a mi estructura fisiológica básica, que *Yaya* recibía en su prodigiosa memoria. Yo mismo la había programado para que tuviese un cierto margen de iniciativa y, siempre que *Yaya* veía la oportunidad, actuaba por su cuenta y riesgo.

—Prepárame la dieta, muñeca. Cierra la casa en cuanto salga.

—Recibido.

Ahora sí sabía a qué atenerme.

Hacía más de un año que vivía en la isla. La había arrendado a la *Uniterra*, la compañía universal que controlaba la mayor parte de los viajes comerciales intergalácticos. Yo había resistido veinte años de actividad en todos los rincones del espacio y me había ganado, según los estatutos, el derecho a elegir dónde y cómo vivir el resto de mi vida, algo que muy pocos conseguían. Por lo general un ciudadano que cumplía su ciclo vital en la Tierra se jubilaba y partía a un destino prefijado donde todos sus problemas eran resueltos por obra y gracia de un sistema perfecto. En ese sistema, cada ciudadano tenía una especie de historia clínico-psicológica que respondía a su tipo de personalidad preciso y actuaba, por tanto, en el sentido de estimular las alegrías y distraer las depresiones de los miembros de la tercera edad.

Yo no pertenezco a la tercera edad. Mis cuarenta años son demasiadas para un veterano del espacio, un veterano del Servicio de Acción, y es de suponer que tras veinte años de riesgos el cerebro sufre ciertos traumas que pueden afectar el buen desempeño de la tarea.

Yo me sentía bien, pero estaba harto de lidiar en el infinito y había decidido acogerme a un descanso temporal, de cinco años, hasta tanto solicitara otro destino. No era del tipo absolutamente pasivo, aunque reconozco que el ocio es una de mis grandes pasiones.

Por los servicios prestados, había sido premiado con el derecho de vivir en una isla particular, en el Pacífico, cerca de las Fidji. Confieso que era feliz. Durante todos aquellos meses de soledad, acompañado solamente por la bondad de unos pocos pescadores nativos, mi vida había sido feliz.

Y ahora, aparecían los intrusos.

Tenía la idea bastante precisa de quienes podían ser y les iba a dar una sorpresa.

Miré el mar enardecido por el fuego del ocaso y corrí hacia la playa.

Si hay algo que se consigue en una isla desierta, en contacto con la pura naturaleza, es un excelente estado físico.

Corrí durante diez minutos procurando hacerlo sobre la línea de espuma de las olas para evitar que mis huellas dieran oportunidad a los intrusos.

Luego, en un recodo de la playa, allí donde la floresta invadía la arena y llegaba hasta el mar, me detuve. Vestía solamente un bañador e iba descalzo. Las plantas de mis pies parecían suelas sólidas. Había erradicado el calzado en la isla.

Salté sobre un tronco cubierto de enredaderas parásitas y me introduje en la jungla lindante sin hacer demasiado ruido. Llevaba en la muñeca el *señalador*, una diminuta pantalla del tamaño de un reloj de pulsera que me mantenía en contacto con *Yaya.*

Pulsé un pequeño botón y dos luces me indicaron el sitio donde se hallaban los intrusos. Continuaban en los sectores N-l y S-l, es decir, en las áreas norte y sur, aproximándose hacia mi vivienda.

Decidí aguardar algunos minutos. No tenía necesidad de fatigarme si ellos venían a mi encuentro.

Mi vivienda había sido construida según un proyecto mío y la había pertrechado con el sistema de seguridad más avanzado que se utilizaba en el momento en que dejé el servicio activo.

Yo mismo trabajé en la distribución de los sensores y programé a *Yaya.* Había sido autorizado a contar con aquel equipo ya que la *Uniterra* confiaba en mis dotes de investigador y podía presuponer que me ocuparía de perfeccionar ciertos sistemas de seguridad durante mi período de vacaciones prolongadas.

Me sentí tentado de dar a los intrusos un tratamiento duro, que les pusiera los pelos de punta, pero luego decidí que sería suficiente con sorprenderlos.

Observé la situación de los intrusos en el *señalador* . Ya era tiempo de hacerles una visita fugaz.

Avancé por entre los árboles con el sigilo de un puma. Conocía la isla al detalle y llevaba mi ventaja. Al cabo de unos momentos subí a un árbol y aguardé.

Los vi en el instante en que entraban en el claro próximo.

Eran dos hombres jóvenes, entre los veinte y los treinta, con monos amarillos y sin insignias. Portaban fusiles y marchaban con infinita precaución. Eran tan altos como yo, aproximadamente un metro y noventa centímetros y revelaban la elasticidad muscular de los comandos bien entrenados.

Dejé que el primero pasara debajo del árbol y salté detrás del segundo. Con el mismo impulso de la caída, lo golpeé en la base del cuello con el canto de la mano. Calculé el golpe para no hacerle demasiado daño y el tipo cayó como una piedra.

El que iba delante se volvió, pero yo ya estaba sobre él. Salté con la pierna derecha estirada y cuando estuve muy cerca la replegué y le lancé el pie izquierdo al plexo solar.

Se dobló y dejó caer el arma.

Alzó ligeramente el rostro, incapaz de moverse, paralizado por la falta de aire en sus pulmones y le di un puñetazo en la frente. Nada exagerado. Un golpe seco y breve que lo llevó al país de los sueños.

Recogí las armas y sonreí. Luego las arrojé entre los matorrales.

Regresé a la playa y eché a correr. Esta vez lo hice con mayor velocidad, controlando la respiración y buscando el sitio adecuado para salir al paso de la otra pareja de intrusos.

Repentinamente, se me ocurrió algo que me inquietó.

Consulté el *señalador y* observé que, efectivamente, la nave en clave delta comenzaba a descender.

Apuré el paso y corrí en línea recta hacia los dos intrusos.

En aquella zona de la isla, al sur de la vivienda, la jungla remitía paulatinamente hasta dejar junto al mar una explanada rocosa y árida, castigada por las olas durante las tempestades y habitada sólo por infinidad de aves marinas.

Atravesé la explanada y me detuve en el linde de la floresta.

Traté de escuchar por encima del sonido de la rompiente y del chillido de las aves pero me resultó imposible detectar el avance de los dos hombres.

El sol había desaparecido por completo en el horizonte y la luna, en cuarto creciente, no era suficiente para alumbrar mi camino. No obstante, los intrusos tampoco podrían verme y no conocían como yo el terreno que pisaban.

Los detecté nuevamente en el *señalador.*

Se habían separado y tenía uno a cada lado, a una distancia de veinte o treinta metros de mí.

Me decidí por el de la izquierda y avancé en su dirección, inclinado como un simio.

Lo vi cuando saltaba una estrecha fractura rocosa, entre las matas achaparradas.

—Hola, chico —le dije.

Se volvió con rapidez profesional y alzó el fusil.

Lo alcancé con una patada frontal en la rótula derecha en el momento en que apretaba el gatillo.

Escuché el sonido de un estampido pero ningún proyectil hirió mi cuerpo. Yo ya lo sabía. *Yaya* me lo había anticipado: no había detectado ningún material que correspondiera a arma alguna.

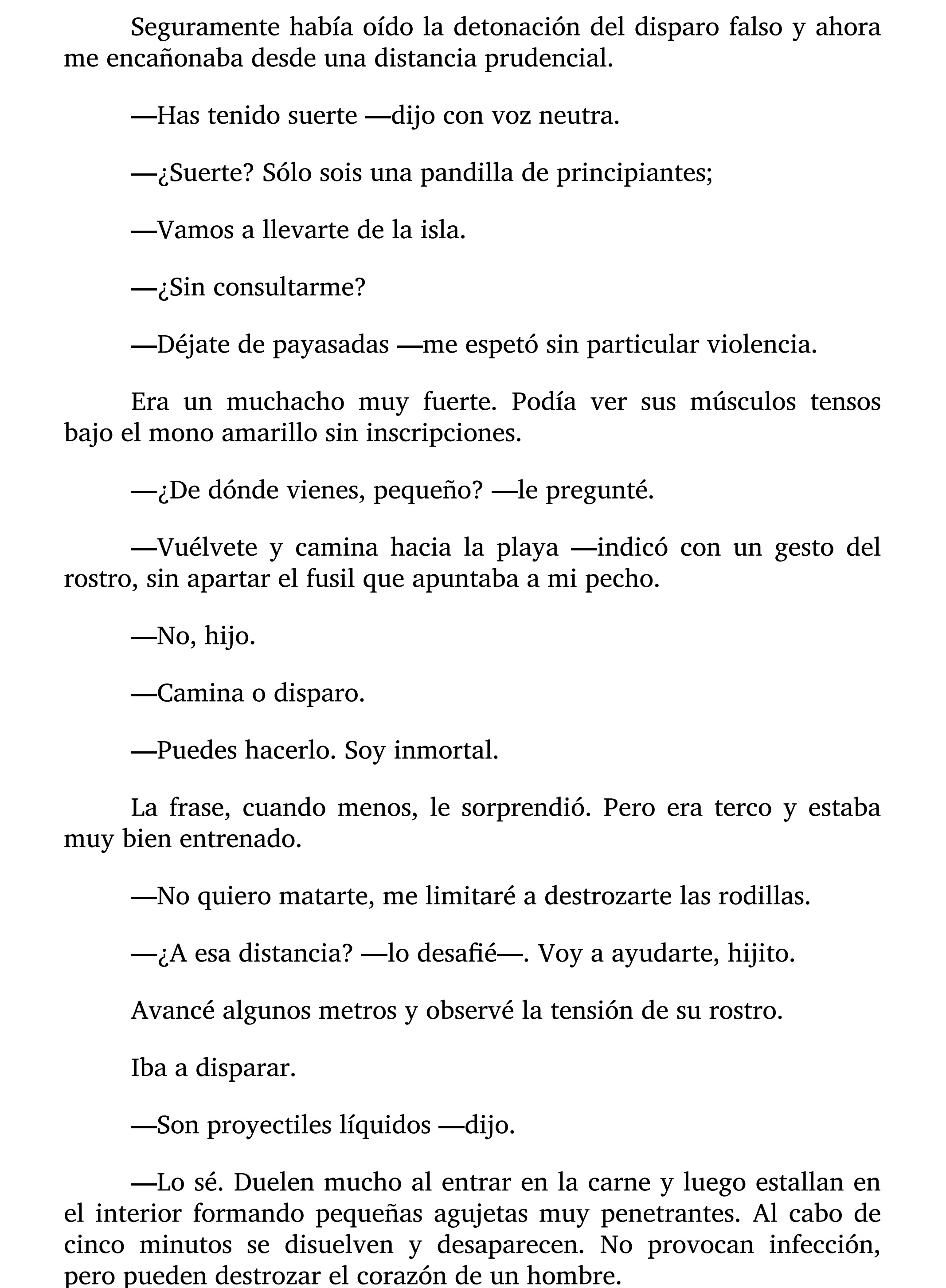
El tipo no podía creer que aquel disparo no me hubiese alcanzado y ese segundo de incredulidad y sorpresa fue suficiente para abatirlo.

Aparté el fusil con el antebrazo izquierdo y girando el cuerpo le hundí el codo derecho en el costado.

Expulsó el aire con ferocidad y yo aproveché su inmovilidad para dormirlo con un *ura shuto,* golpe de revés con la mano en sable, ideal en las luchas a corta distancia. En este caso lo golpeé en el costado del cuello.

—Ya está bien —dijo una voz—. ¡Quieto!

—Hola —saludé al último invasor.



Seguramente había oído la detonación del disparo falso y ahora me encañonaba desde una distancia prudencial.

—Has tenido suerte —dijo con voz neutra.

—¿Suerte? Sólo sois una pandilla de principiantes;

—Vamos a llevarte de la isla.

—¿Sin consultarme?

—Déjate de payasadas —me espetó sin particular violencia.

Era un muchacho muy fuerte. Podía ver sus músculos tensos bajo el mono amarillo sin inscripciones.

—¿De dónde vienes, pequeño? —le pregunté.

—Vuélvete y camina hacia la playa —indicó con un gesto del rostro, sin apartar el fusil que apuntaba a mi pecho.

—No, hijo.

—Camina o disparo.

—Puedes hacerlo. Soy inmortal.

La frase, cuando menos, le sorprendió. Pero era terco y estaba muy bien entrenado.

—No quiero matarte, me limitaré a destrozarte las rodillas.

—¿A esa distancia? —lo desafié—. Voy a ayudarte, hijito.

Avancé algunos metros y observé la tensión de su rostro.

Iba a disparar.

—Son proyectiles líquidos —dijo.

—Lo sé. Duelen mucho al entrar en la carne y luego estallan en el interior formando pequeñas agujetas muy penetrantes. Al cabo de cinco minutos se disuelven y desaparecen. No provocan infección, pero pueden destrozar el corazón de un hombre.

Di otro paso hacia él.

Ahora estábamos separados por tres metros de distancia y yo

podía alcanzarlo.

Jamás lo hubiese intentado con un profesional como él si no hubiese estado seguro de que su arma era inservible.

Pero él no lo sabía y esa ventaja era mía.

Salté hacia él, pero no lo golpeé. Permití que me disparara y cuando lo hizo me detuve. Dos detonaciones estallaron en la noche y el tipo me miró estupefacto.

Lancé una carcajada que sólo interrumpí piara inclinarme y propinarle una patada lateral justo debajo de la rótula. La pierna se le dobló y cayó de rodillas.

Mi puño izquierdo voló hacia su mandíbula. Lo alcancé con los nudillos del índice y el mayor en el centro de la barbilla. Fue un golpe directo, frontal, breve y seco.

Se durmió instantáneamente.

Observé la luna pálida en el cielo, como un gajo tibio y tropical, y me puse de pie.

Ahora podía recibir a mi visitante.

Regresé a la casa. *Yaya* leyó mi identidad en el pulgar que presioné contra la célula sensible y me abrió la puerta de entrada.

—¿Dónde está la nave ahora, encanto?

—Ha aterrizado.

—Junto a mi campo de aterrizaje, ¿verdad?

—En el solar Uno —precisó.

—¡Magnifico!

—Hay un individuo en la nave.

—Sí. Cuando llegue a la casa hazle pasar y dile que se sirva una copa. Voy a ducharme.

Me quité el bañador en mi dormitorio y luego pasé al cuarto de baño. Por la ventana que se abría al exterior, y mientras dejaba que el agua fría lavara mi cuerpo, vi a un hombre de cabellos grises que

avanzaba con paso firme hacia la puerta de entrada.

Tenía un rostro ancho y vigoroso. El tronco de un atleta y los brazos largos y fuertes. Vestía el mono de vuelo de *Uniterra* y sonreía imperceptiblemente.

Era Ames Lud, mi comandante del Servicio de Acción.

Me otorgué cinco minutos más de placer acuático y luego de secarme me vestí con un bañador seco.

Debo admitir que aquel ejercicio me había hecho bien. Jamás hubiese pensado que los largos meses de abulia y dicha solitaria en la isla pudiesen involucrar una cierta extrañeza de mis épocas de actividad frenética.

Abrí la puerta del dormitorio y descendí al salón donde me aguardaba Amos.

Lo observé desde el rellano durante unos momentos.

Amos bebía un zumo mirando el mar a través del ventanal del salón. Continuaba siendo un hombre poderoso y yo sabía que dentro de aquella cabeza grande y esculpida sobre granito había uno de los cerebros más eficaces de *Uniterra.*

—Salud, Amos —dije.

Se volvió sin prisas. Continuaba sonriendo.

—Me alegro de verte, muchacho. Tu ordenador me ofreció una copa.

—Es una mujer muy considerada. ¿No es así, *Yaya* ?

—Déjate de halagos, Joe Brody —replicó *Yaya.*

—Una mujer dura, ¿eh, hijo? —dijo Ames, mostrándome sus dientes grandes y fuertes.

—Yo misma la di a luz, comandante.

—Veo con satisfacción que no te has ablandado en estos meses, muchacho.

—¿Para qué la prueba, comandante?

—Esos cuatro comandos son muy buenos, Joe.

—Es posible, pero los anuló psicológicamente entregándoles armas inservibles.

Sonrió con placer.

— *Yaya* te indicó que las armas eran de un material inadecuado —reflexionó, lascándose la barbilla—. Le pediste que buscara en clave delta y te hiciste una rápida composición de lugar.

—Así es.

—Siempre has sido el mejor, Joe.

—Ahora estoy apartado, comandante.

—Sí.

—Tal vez...

—Se acerca otra nave —nos interrumpió *Yaya.*

Miré al comandante.

—Sí, viene a por los muchachos —admitió—. Se los llevarán para que tú y yo podamos conversar tranquilamente.

—¿Contaba con que me desharía de ellos?

—Tenía que estar seguro de ti, Joe.

—Debe tratarse de algo grave, entonces.

—Muy grave.

—Le escucho.

—Tenemos tiempo. ¿Crees que podrás prestarme un bañador? Hace años que no me doy un baño en el mar. —Claro que sí, señor.

—Llámame Amos. Ya habrá tiempo luego para ser tu comandante.

—Acompáñame.

Tenía un dormitorio de huéspedes que nunca había sido usado por nadie. Abrí la puerta.

—Encontrará cuanto necesite en el armario.

—Una bonita casa.

—Y una bonita vida, señor.

—Amos —me reconvino.

—Una vida agradable, apacible y estimulante, Amos. —¿Qué prepararás para agasajarme, Joe?

—Tengo pescado fresco.

—Lo has cogido tú.

—Sí.

—Bien, me gusta el pescado a la brasa.

Sonreí.

—No se aleje demasiado de la costo. Hay tiburones junto a la línea de arrecifes.

—Lo tendré en cuenta.

—Amos...

—¿Sí?

—Me alegro de su visita.

—Sabía que te alegrarías, aunque te advierto que la misión que me trae hasta tu isla de Babel no es agradable.

—Hablaremos de ello después de cenar.

—Eso es, hijo.

—Abre, *Yaya*, y deja abierto —dije.

Amos salió de la casa y trotó en dirección a la playa. Encendí las luces dispuestos en la costa y le regalé un trozo de mar amplio y calmo. Se zambulló y nadó vigorosamente en dirección a la rompiente.

Me dediqué a preparar el fuego en la barbacoa exterior y luego busqué los pescados. Los abrí y los coloqué sobre la parrilla. Cuando el fuego estuvo en su punto coloqué una plancha metálica encima de los

pescados y los asé a dos fuegos.

El comandante regresó media hora más tarde.

Tenía un cuerpo duro, sin un gramo de grasa, y era rectangular y fibroso. Yo le calculaba cincuenta y cinco años.

—Estupendo ejercicio —dijo.

Le alargué una toalla.

Se secó y tomó asiento en una tumbona, mirando el mar.

—Algún día me retiraré a un sitio como éste.

—Está invitado, Amos.

—Tengo una mujer.

—Tráigala, será un placer. Hay otra vivienda en el extremo sur de la isla.

—Sí, la he visto desde la nave.

—Es suya cuando lo desee.

—Tal vez luego... cuando...

—¿De qué se trata, señor?

—Tú has sido mi mejor investigador, Joe. Lamenté mucho que te retiraras cuando te lo permitió el reglamento.

—Lo sé.

—Pero te comprendo.

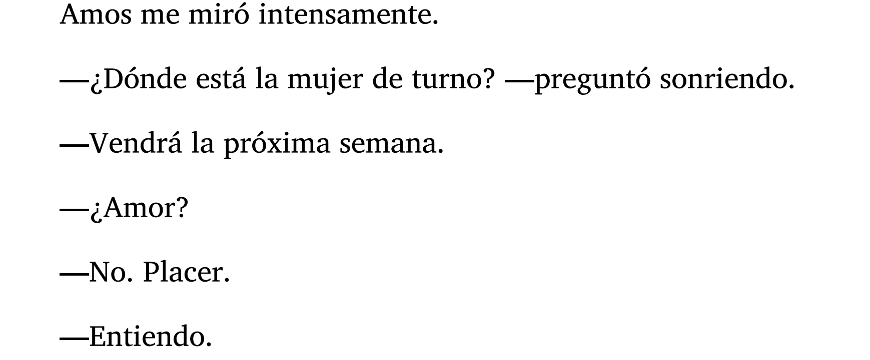
—¿Por qué se queda usted, señor?

—Esta seré mi última misión, hijo. Si tú me ayudas.

—Yo...

—Antes de negarte, escúchame. ¿De acuerdo?

No podía negarme a escucharlo. Extrañaba en parte aquel mundo loco en el que había vivido durante veinte años, pero sabía positivamente que la paz de la isla era lo que necesitaba en adelante.



Amos me miró intensamente.

—¿Dónde está la mujer de turno? —preguntó sonriendo.

—Vendrá la próxima semana.

—¿Amor?

—No. Placer.

—Entiendo.

Serví dos zumos de naranjas y eché un vistazo al pescado que se asaba estupendamente entre los dos fuegos.

—¿Qué sabes del proyecto *Extraout?*

—*Extraout*... —repetí, incapaz de armonizar aquel nombre, indicativo de la más sofisticada tecnología, con el paisaje tropical que tenía delante de mis ojos.

—Ese es mi problema —dijo Amos.

Todo lo que sabía de *Extraout* era muy poco. Una factoría espacial construida cinco años antes en el extremo del universo. En el límite conocido. Era uno de los proyectos más ambiciosos de *Uniterra,* porque permitía absorber el material básico de las naves intergalácticas de almacenaje y procesarlo en condiciones óptimas. Luego, el producto terminado era remitido a sus destinos en todos los planetas y bases terrestres dispuestas en el Nuevo Universo, un paisaje estelar que excedía con mucho a la estricta Vía Láctea.

Le dije a Amos lo que yo sabía.

—Sí, en términos generales eso es *Extraout.*

—Dígame lo que yo ignoro.

—Creo que es hora de comer, hijo.

Saqué los pescados del fuego y los serví. Acompañamos la carne con pasta de aguacate y bebimos más zumo de naranjas. Prácticamente no hablamos durante toda la cena. Finalmente, echamos a andar hacia la playa y nos sentamos en la arena.

—Esto es una maravilla, Joe.

—Eso creo, Amos.

—*Extraout* —comenzó el comandante—, es una ciudad-factoría que flota en el extremo del Nuevo Universo y produce *Letonio.* Como tú sabes, el *Letonio* es el combustible básico para nuestra civilización y sus sucesivas conquistas espaciales.

—He oído también algunos rumores acerca de esa ciudad-factoría, comandante —añadí.

—Sí. Su importancia la ha convertido en una especie de enclave todopoderoso. Es autosuficiente y los viajes grupales tardan un año en llegar hasta allí. Hay sectores fabriles y sectores-dormitorios, como una verdadera ciudad. Zonas de hombres solteros, zonas de mujeres solteras, zonas de matrimonios sin hijos y también zonas sociales donde los solteros y las solteras pueden encontrarse o buscar algún tipo de satisfacción sexual.

—Prostitutas —dije yo.

—Sí, prostitutas o, mejor dicho, unidades de placer.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Tal vez. Pero últimamente están ocurriendo cosas incomprensibles, Joe. En el último año han desaparecido misteriosamente ocho... unidades de placer y una docena de hombres. Dos cargamentos de *Letonio* se perdieron sin que pudiesen ser localizados y con ellos una tripulación de seis hombres en cada caso.

—¿Qué sospecha, señor?

—No lo sé. Es absurdo, pero tengo la impresión de que allí, en *Extraout* se está gestando algo desagradable, algo... peligroso.

—Y usted piensa que yo soy el hombre indicado para llegarme hasta *Extraout.* ¿Por qué?

—Porque hace dos años que no figuras en las listas de investigadores galácticos y dificulta que te conozca alguien en la ciudad-factoría.

—Entiendo.

—Puedes llegar allí en una semana —añadió Amos.

Ese último comentario sí que me sorprendió.

—¿Una semana?

—Tenemos el medio tecnológico de hacerlo. Yo mismo lo he probado, hijo. Una nave pequeña por un pasillo estrecho, un *pasillo negro*.

—¡Lo ha conseguido! —casi grité.

—Sí, por fin lo hemos conseguido.

El *pasillo negro* era un corredor localizado teóricamente por los expertos científicos de *Uniterra,* entre las que figuraba Amos Lud, y que parecía prescindir del tiempo tal como se conoce en la Tierra. Ahora era un hecho y colocando una nave en dicho *pasillo negro,* el año que se tardaba en cubrir la distancia inmensa hasta *Extraout* se convertía en una semana.

—Está bien, comandante. Iré, aunque sólo sea por experimentar el viaje en el *pasillo negro*.

—Joe, es la misión más importante que he encomendado jamás a un investigador de *Uniterra*.

—Deme los detalles.

—Prepara tu equipo y reúnete conmigo en la nave. Está en la playa. Tengo los datos en la base.

—Sólo diez minutos, comandante —dije..

CAPÍTULO II

Dejé instrucciones a *Yaya,* recogí mi equipo, una mochila que contenía todos los elementos básicos que, supuestamente, necesitaba un investigador espacial, más algunos adminículos de mi propia invención y que en más de una ocasión habían decidido mi suerte.

Cuando salí de la casa, *Yaya* cerró la puerta. Cuando la muchacha llegara a la semana siguiente, se ocuparía de limpiar el jardín y arreglar los parterres.

Recogí los platos sucios y los introduje en la boca limpiadora del lava vajillas exterior.

Luego corrí hacia la playa.

Había cambiado la vida doméstica por una nueva aventura.

Mientras yo programaba a *Yaya,* el comandante se habla vuelto a cambiar y marchado a la nave.

Subí a la pequeña *Coheta*, aeronave de combate de despegue vertical que alcanzaba la velocidad de la luz más allá de la atmósfera. Aspiré el olor de la cabina, un olor que había incorporado a mi memoria tras veinte años de viajes y más viajes y me senté en la butaca del copiloto.

—Bien, hijo. Allá vamos —dijo Amos.

Como una libélula, la *Coheta* se apartó de la playa y hendió la noche oceánica como un estilete brillante e incisivo.

La base se encontraba en la península de Terranova y Amos decidió imprimir una velocidad más que regular a la nave.

—Llegaremos en un par de horas. En ese tiempo quiero que estudies los planos de *Extraout.* Utiliza el visor individual. Y a está programado.

Recliné el asiento de mi butaca y presioné el botón azul del visor individual.

En la pequeña pantalla, similar a la de un panel de veinte pulgadas, comenzaron a aparecer imágenes de la ciudad-factoría.

Yo había visto cosas increíbles en todos los rincones del universo, incluso, había observado algunas imágenes de *Extraout* cuando se inauguró, pero confieso que lo que tenía ante mí era un decorado alucinante.

Extraout era una especie de enorme araña de patas caídas, con el cuerpo compuesto por seis pirámides luminosas y surcada por corredores de todos los tamaños que unían las patas entre sí y, más abajo, las bases cuadrangulares, prodigiosas y escuras. No fui capaz de hacerme una idea de su tamaño, porque en el espacio oscuro flotaba como un juguete brillante.

Pero sabía que allí vivían y trabajaban doscientos mil hombres y mujeres.

Continué pasando las distintas imágenes, aproximando el visor cuando quería observar con más detalle algún aspecto de la estructura y recogiendo lenta pero exhaustivamente los pormenores de aquella ciudad-factoría enclavada en el infinito como un insecto tecnológico y autosuficiente.

Las seis pirámides, vistas más de cerca, brillaban con miles de luces, correspondientes a los miles de compartimientos de aquella colmena perfecta y de actividad febril.

—Las pirámides son las factorías propiamente dichas —explicó Amos, ajustando el piloto ático al rumbo adecuado.

—Sí.

—Allí trabajan ciento ochenta mil personas en tres tumos de ocho horas. Diez mil operarios por pirámide y turno.

—¿Y el resto?

—Hay un número que oscila entre las diez y las doce mil personas compuesto por técnicos especializados, personal de mantenimiento, guardia ciudadana, encargados de lugares de distracción y, obviamente, un número indeterminado de ociosos. Es imposible controlarlo todo en una ciudad de ese tamaño y sometida a una tensión diferente a la de cualquier otra ciudad enclavada en tierra firme.

—Puedo entenderlo.

—Sí, sé que puedes.

—¿Qué idea tiene usted, comandante?

—*Uniterra* es un monopolio terráqueo controlado por el gobierno único, pero existen dos compañías más, que aportan tecnología y mantenimiento. No son privadas, pero la índole de su cometido las hace casi privadas.

—¿Para qué querrían el poder aquí en la Tierra?

El comandante sonrió.

—En la Tierra, o en otra ciudad planetaria sería absurdo luchar por el poder o incluso por una parcela de poder. Todo está reglamentado y perfectamente dispuesto. Hace siglos que la felicidad es un hecho previsible.

Sonreí.

Amos también sonrió.

—Sé lo que piensas, Joe. Y yo creo lo mismo.

—O sea, que en *Extraout* podría gestarse un tipo de relaciones sociales... antiguas, más apropiadas para el siglo *XX* que para el *XXII?*

—Algo por el estilo — admitió Amos,

—¿Quién está a cargo de *Extraout!*

El comandante volvió a hacerse cargo de los mandos de la *Coheta.*

—Blacich. Mangol Blacich. El se ocupa de la seguridad.

—Entiendo.

Mangol Blacich había sido investigador cuando yo me entrenaba a las órdenes de Amos. Era tan bueno como yo y compartíamos las misiones más arriesgadas. Nunca juntos, porque nos odiábamos. Blacich es del tipo inescrupuloso, cruel, egoísta y prepotente.

Yo, por mi parte, creo que el sadismo continúa siendo un impulso que el ser humano debe contrarrestar.

Blacich lo alimentaba. Alimentaba su sadismo con más y más violencia.

—Blacich está al mando, como un reyezuelo.

—No puedo creerlo. ¿Cómo pudo alguien nombrar a semejante sujeto en un puesto de tanta importancia?

—Es un puesto quinquenal. Blacich está allí desde hace dos años. Fue nombrado a instancias de un miembro importante del Consejo de Uniterra, Oswaldson. Murió dos semanas después de que Blacich partiera hacia *Extraout.*

—Pero... ¡es imposible! Tenía que existir un dossier computarizado de él —insistí.

—Pudo ser adulterado, hijo.

—¿Oswaldson? ¿Y por qué habría de hacerlo?

—Por miedo, es la única explicación.

—¿Miedo a qué?

—El miedo no cambia con los siglos, hijo. Miedo a que ocurra algo a tus seres queridos, miedo, simple miedo. Oswaldson tenía hijas y nietas.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Necesito una hipótesis sobre la cual trabajar, hijo. Oswaldson murió quince días después de que Blacich partiera para la ciudad-

factoría. Fue elegido en el momento en que yo me encontraba cerca del área exterior. Regresé un mes más tarde y mi suplente, Diktor, leyó un informe de Blacich que no incluía ningún dato negativo. Diktor es un buen hombre, poco imaginativo, y efectivo si no se le aparta de las normas.

—¡Es increíble!

—Blacich es un lobo depredador y ahora ha conseguido la madriguera en la que establecer su ley.

—¿Habló con el Consejo?

—Quieren pruebas y les comprendo. No pueden sustituir a Blacich sin contar con elementos de juicio suficientes. Crearían un precedente muy incómodo, e incluso nefasto para el futuro.

—Y yo tengo que hallar esas pruebas.

—Exacto.

—Blacich me conoce.

—Sí, pero investigarás por tu cuenta y riesgo, sin que él se entere.

—No resultará.

—No tenemos otra alternativa. Esa ciudad-factoría es la primera de un proyecto de largo aliento. Hay ocho más en construcción. ¿De qué sirve el orden y la paz en la Tierra si esas ciudades-factorías, imprescindibles para la supervivencia del Sistema, se convierten en feudos de la podredumbre?

—¿Cómo entraré en *Extraout?*

—Te he dicho que yo he estado allí. Llegando en un módulo por el *pasillo negro,* es imposible su detección. El módulo se adherirá como una ventosa a la estructura de una de las bases, en el extremo de uno de los tentáculos, y tú buscarás el modo de entrar.

—Puede hacerse —admití.

—Sé que te pido demasiado, Joe. Pero no conozco a nadie más en quien pueda confiar plenamente y que posea tus recursos. Eres el mejor.

—Supongo que al menos tendré algún contacto.

—Sí. Y tu contacto te entregará tus credenciales y salvoconductos para que puedas moverte con comodidad dentro de la ciudad-factoría. Te servirán para contrarrestar las molestias de las patrullas, pero no creo que te sean útiles con los dirigentes técnicos de *Extraout.* Supongo que Blacich los ha neutralizado. ¿Qué harías tú en su lugar?

—Crear una red de espionaje —repliqué sin vacilar.

—Exacto.

La nave sobrevoló durante algunos minutos la ciudad y luego aterrizó suavemente, como una mariposa perfecta y contenida, en el patio posterior de un edificio gris, alargado y en forma de *L,* que se alzaba en medio de un amplio predio, a veinte kilómetros de la urbe.

Varios cañones láser apuntaron a la nave mientras descendía y luego, cuando el detector de ondas comprobó la identidad de Amos, quitaron las miras de la *Coheta.*

—Hacía tiempo que no venía por aquí —comenté.

—No hay muchos cambios, Joe.

Detecté en el tono de voz de Amos una cierta nota de debilidad.

—Está preocupado, comandante.

—Hay algo que no te he dicho, todavía.

—El premio al final —sonreí.

—Te llevaré a tu célula dormitorio y luego podrás someterte al examen físico-psicológico.

—¿Cuál es el problema?

—El problema es Lloydbuck.

El nombre estalló como un latigazo en el vestíbulo vacío del acceso al edificio.

Me detuve.

Podía sentir mi expresión de ira como si una ráfaga de fuego la


hubiese esculpido en una fracción de segundo.

—¿Qué hace ese perro ahora?

—Está en el sector de Higiene Espacial.

—¿Seguridad?

—Seguridad.

—Amos, esto se está convirtiendo en un asilo para hijos de perra. Blacich en *Extraout* y Lloydbuck en la base.

—El departamento sanitario es el menos importante desde el punto de vista de la seguridad, Joe. De aquello que ocurrió… bien, ya sabes, fue calificado de error y no de negligencia o, como tú dijiste durante el juicio, de cobardía.

—Lo sé. El aspecto y la biografía de Lloydbuck, no son los típicos de un cobarde. Lo sé.

Me sentía furioso. Aquel tipejo prepotente y desagradable había dejado en el espacio a una pareja de patrulleros porque temió que su ayuda personal le costara la vida. Yo vi la actuación desde la cabina de control de la nave y no tuve ninguna duda acerca del comportamiento miserable de Lloydbuck. Durante el juicio, aseguró que el cordón umbilical que lo unía con la nave no era suficientemente largo para llegar hasta la pareja de patrulleros, un hombre y una mujer cuyos cordones habían sido seccionados por una de las placas de fuselaje mientras reparaban la avería producida por un meteorito.

Yo puedo comprender el temor, pero no en el caso de Lloydbuck porque él se ofreció voluntario cuando yo estaba a punto de salir a rescatar a los patrulleros.

Eran un muchacho de poco más de veinte años y una mujer de treinta, técnicos maravillosos. Ella sostuvo al muchacho hasta que no pudo más, dándole ánimos todo el tiempo y yo escuchando su voz grave y serena por la radio de la nave.

Recuerdo con espantosa claridad cómo la voz de la mujer iba perdiendo vigor a medida en que sus fuerzas la abandonaban. El muchacho, un ingeniero aeronáutico llamado Spade, le pedía que lo soltara, que de otro modo sucumbirían los dos. Pero ella no le prestó atención. Cuando ya no resistió más y se soltó del fuselaje, el espacio

infinito los tragó como a dos marionetas.

- Lloydbuck, a cinco o seis metros de distancia, permaneció impasible. Había temido que su cordón no fuese lo suficientemente fuerte para los tres.

Cuando habló en su descargo, durante el juicio, parecía un pobre hombre que había hecho todos los esfuerzos imaginables para rescatar a la pareja, pero sin conseguirlo.

Me echaron de la sala del juicio, porque estuve a punto de saltar sobre él y matarlo delante de los jueces.

- ahora el buen Lloydbuck era el encargado de la seguridad de la unidad sanitaria, el tipo encargado de registrarme y vigilarme, una vez que llegara a su jurisdicción.

—¿No puede evitarme el encuentro, comandante?

—Lo siento, no puedo —replicó.

Cogimos un elevador hasta la tercera planta subterránea. Un guardia uniformado con el mono negro militar verificó nuestras documentaciones y me registró en el ordenador de la base.

—Ven, te alojarás en la célula contigua a la mía. No tenemos mucho tiempo.

La célula era una habitación pequeña, de poco más de nueve metros cuadrados con un pequeño lavabo en el extremo.

Dejé la mochila sobre la cama y miré el patio de aterrizajes a través de la ventana herméticamente cerrada. Un sistema de periscopio permitía observar el exterior como si la planta estuviese por encima del nivel de la superficie.

—Dígame, comandante ¿quiénes conocen la existencia de los pasillos negros?

—No es un secreto, hijo.

—Entiendo.

—¿Te preocupa que controlen una llegada por pasillo negro en la ciudad-factoría?

— No me extrañaría que un profesional como Mangol Blacich

considere todas las posibilidades.

—Estoy seguro de que lo hace, Joe. Pero todavía no se ha inventado el sistema de detección de un módulo individual que avance por un pasillo negro.

—Muy alentador, comandante.

—Vamos, cuanto antes procedas al examen psicosomático mejor será para todos.

—Prefiero ir solo, señor.

Me miró durante un instante y debe haber comprendido que me merecía una pequeña libertad antes de emprender una misión desesperada.

Sonrió quedamente y se pasó una lengua reflexiva por los labios.

—No seas demasiado imprudente, hijo. Te aguardaré en el comedor.

—Allí estaré, comandante.

* * *

Salí de la célula y cogí un monomóvil para dirigirme hasta el sector sanitario. Un guardia se hizo cargo del vehículo y otro me acompañó hasta el panel de acceso. Apoyé mi pulgar en la célula sensible y entré solo al cuarto de recepción.

Perny Lloydbuck estaba detrás de un visor hermético, observándome. Era alto, grueso y con un rostro capaz de desagradar a cualquier persona, por mejor intencionada que fuese.

—Bien venido, hombre importante —dijo con una sonrisa de labios carnosos y burlones.

Me quité el mono y permanecí de pie, desnudo y expectante en el centro del cuarto.

Su deber era dejarme pasar a la cámara de descontaminación donde el equipo médico realizaría los exámenes. Pero se tomó su

tiempo.

No es agradable permanecer desnudo delante de un tipo despreciable y burlón. Pero he llevado una vida que ha atravesado por trances más difíciles y, además, yo también me estaba tomando mi tiempo.

—¿Qué ocurre contigo, cerdo? ¿Ahora también te atraen los hombres?

Vi el cambio en su expresión, pero lo controló en seguida y lanzó una carcajada que hubiese acabado con la buena salud de un bebé.

Pero yo sabía que lo había fastidiado. Yo era la prueba viviente de su cobardía y aunque fuese un cínico hipócrita, tenía que molestarle.

Abrió el panel y yo pasé a la cámara de descontaminación. Recibí una ducha de vapor y cinco minutos más tarde estaba tendido sobre una camilla, con un paño cubriéndome las partes, debajo de un artefacto muy complejo y rodeado por dos médicos, un hombre y una mujer.

El análisis de mi estado de salud demoró media hora; diez minutos de los treinta respondí a ciertas preguntas de los médicos, que leían mis reacciones en una pantalla que yo no podía ver.

—Está bien —dijo la mujer, una rubia cuarentona de muy buen ver—. Puede vestirse.

Me entregó un mono blanco con las insignias de la base y me vestí delante de ella como un figurín ante la mirada atenta del cliente más poderoso.

El médico se retiró, el hombre quiero decir.

—Soy la doctora Langella.

—Es un placer conocerla.

—Entregue esta placa al comandante Lud.

—De acuerdo.

—¿Puedo serle útil en algo más? —preguntó la doctora al comprobar que no me marchaba.

—Sí, quisiera saludar a un amigo. Su nombre es Perny Lloydbuck.

—Aguarde un instante —dijo y desapareció tras un panel.

Regresó al cabo de un minuto.

—El comandante Lud me acaba de informar que Lloydbuck está en el gimnasio. Ha dicho que puede usted darle una sorpresa.

Sonreí. El comandante pensaba en todo. El gimnasio era un buen sitio para la clase de sorpresa que yo tenía pensada.

La doctora me miró de un modo extraño. Seguramente conocía el tipo de Perny Lloydbuck y le decepcionaba que fuese amigo mío.

—Un monomóvil le llevará —añadió fríamente.

—Gracias, doctora.

Efectivamente, un monomóvil me dejó delante de los paneles dobles de acceso al gimnasio.

Entré y cerré los paneles.

Lloydbuck estaba en el centro de la amplia estancia, apenas iluminado por la escasa luz cenital y caminaba en círculos.

Avancé hacia él.

—Ahora nos reiremos juntos, perro —dije con la sonrisa más hermosa que fui capaz de componer.

Se detuvo en seco y me miró.

Era un poco más alto que yo. Un verdadero gigante duro y grueso como el tronco de un árbol.

—Esto es cosa de Lud —bramó.

—Es posible. Al comandante le encantan las sorpresas.

Entonces sonrió.

—De modo que quieres jugar, ¿eh? ¡Estupendo! Ya es hora de que alguien te dé una lección.

—¿Tú? —me burlé.

Cerró los puños, grandes como palas, y arremetió contra mí.

Lo dejé acercarse.

Lanzó el puño derecho contra mi rostro, lo esquivé y le alcancé el pecho con dos *jabs* cortos que le cortaron la respiración. Me alejé para darle tiempo a recuperarse y volví a sonreír.

Soy un aficionado a los deportes y, fundamentalmente, a la defensa personal. En una era de ordenadores y tecnología hiperdesarrollada es bueno cuidar del cuerpo, como en los siglos pasados, cuando había ocasiones en que un hombre dependía de sus reflejos y sus condiciones físicas.

Volvió al ataque.

No esperé a que me lanzara uno de sus puñetazos. Lo atajé con un directo a la mandíbula y le hundí el puño izquierdo en el hígado.

Abrió la boca y sus ojos se pusieron amarillos.

—¿Te acuerdas de la pareja de patrulleros, cerdo?

Cerró los codos para protegerse el estómago y lanzó un grito gutural. Bajó la cabeza y me embistió como un ariete.

Me hice a un lado y te di un puntapié lateral de karate en el fémur. Cayó de costado, pero se puso inmediatamente de pie. Estaba inmovilizado por la acción de mis golpes pero contaba con sus brazos de gorila.

Me lanzó unos cuantos golpes que esquivé con facilidad y luego comencé a castigarlo. En la boca, los pómulos y los ojos principalmente.

Fue una paliza metódica, dura y científica. Cuando finalmente cayó de espaldas, ninguna mujer le miraría sin asco durante una larga temporada.

Me miré las manos. Las tenía pintadas con su sangre.

Comencé a caminar hacia los vestuarios cuando escuché los aplausos. Levanté la mirada hacia las gradas de la primera planta.

El comandante Lud y la doctora aplaudían a dúo.

—La próxima vez les cobraré la entrada —dije, irritado.

—Nuestra curiosidad era sólo científica, Joe —dijo el comandante—. Deseaba comprobar hasta qué punto la ira altera tu sistema nervioso. ¿No es así, doctora Langella?

—Oh, sí, desde luego, señor —replicó la mujer con una sonrisa beatífica en su rostro agraciado.

—Voy al comedor —dije, y salí del gimnasio.

Me lavé la cara y las manos en el vestuario.

Cuando entré en el comedor, el comandante y la doctora estaban allí.

—Dice mi mujer que acepta tu invitación. Iremos a la isla en cuanto regreses de *Extraout.*

Amos Lud pasó un brazo sobre los hombros de la doctora Langella y yo sonreí con satisfacción.

—Una buena pareja —comenté—. Me gusta su mujer.

—Lo recordaré el día en que deje a este viejo carcamal —rió la doctora.

—Jamás hallarás otro como yo, ángel

Ella se puso de pie.

—Hasta pronto, Joe —dijo, tendiéndome la mano.

La estreché con fuerza y entonces ella se inclinó y me besó en las dos mejillas.

—Buena suerte —añadió antes de desaparecer en dirección a la unidad sanitaria.

—Vamos a lo nuestro. Primero tu contacto, es todo lo que debes saber. El resto lo aprenderás en tres días, ya sabes a qué me refiero, disposición de los distintos departamentos, calles de la ciudad, sitios peligrosos, barrios duros, todo...

—¿Barrios duros? —repetí.

—Los pies de cada uno de estos tentáculos —explicó Ames

sacando una serie de fotografías—, se unen en una especie de gigantesca plataforma. Son barrios diferentes, con habitaciones y sitios de esparcimiento, proveedurías, en fin… como una ciudad terrestre. Tu contacto se llama Algott y regenta un salón de baile.

—¿Qué clase de salón de baile?

—Lo descubrirás cuando llegues, hijo. Mujeres solícitas, bebidas y risas fuertes. Alguna que otra pelea y mucho humo de mal olor.

—Conozco el estilo. La antesala de un burdel. Me gusta.

—Ahora te explicaré cómo entrar una vez que el módulo se haya pegado a la estructura de uno de los tentáculos de *Extraout.*

Lo escuché con atención. No era demasiado difícil si la patrulla exterior no rondaba el sector en el momento de mi llegada.

—¿Tienes la placa que te ha entregado mi mujer?

—Sí, aquí está.

—Bien —dijo el comandante.

Cortó un extremo de la placa, un trozo cuadrado de un par de centímetros de lado y b introdujo en un medallón de metal. Cuando lo cerró lo sujetó a una cadena y me lo entregó.

—Es tu identidad —dijo—. Algott te lo pedirá.

—¿Armas?

—Sólo una pistola de proyectiles líquidos, otro tipo de arma resultaría sospechosa.

—¿Equipo?

—Lo imprescindible, es decir… nada. Algott te entregará todo cuanto necesites.

—¿Tiempo?

—En tres días partirás hacia la ciudad-factoría. Si en una semana no consigues algún resultado, tendré que ir a buscarte.

—Entiendo. ¿Hay algún modo de comunicarnos?

—No es conveniente. En todo caso, Algott te dirá qué hacer si se presenta una urgencia y debes establecer contacto conmigo.

—Bien, ¿qué le parece entonces si comenzamos con el aprendizaje?

—Sí, bebe tu zumo y vamos a mi célula dormitorio. Allí podemos iniciar el entrenamiento.

* * *

Durante dos días completos estudié hasta el menor detalle los planos de la ciudad-factoría y sus sistemas de vida. Era, de algún modo, como volver a un tiempo pasado, cuando las ciudades eran junglas en lucha continua.

Sin embargo, algo ocurrió en la mañana del tercer día. Algo que alteró completamente el factor más importante con que contaba mi misión: el factor sorpresa.

Una mano me sacudió sin contemplaciones. Abrí los ojos y vi el rostro macilento de Amos.

—Malas noticias —dijo—. Lloydbuck ha desapareado. También falta un módulo.

Me incorporé completamente despierto.

—¿Significa eso que ha utilizado un pasillo negro?

—Eso creo.

—¿Un espía de Blacich?

—Yo no creo en la casualidad, Joe. Me temo que habremos de cambiar los planes.

—No.

—Sabrán que irás a investigar, hijo. Tu oportunidad se reduce considerablemente.

—Amos, si parto en seguida llegaré unas horas después de que lo

haya hecho Lloydbuck. No podrán montar un operativo de bienvenida en un tiempo tan escaso. Prepárelo todo, estaré listo en un instante.

Ya me sentía involucrado en la investigación y durante algunos minutos, mientras preparaba mi escaso equipo, comprendí que aquel estado de ánimo beligerante y decidido que experimentaba no coincidía en absoluto con la serenidad que había estado viviendo durante los últimos meses en la isla apartada.

Continuaba reaccionando al estímulo de una misión, como si mis reflejos resultaran, al cabo del tiempo, más sabios que mi razón.

Amos me acompañó hasta la planta baja de la base. En un extremo del edificio se alzaba un hangar de reducidas dimensiones y dentro de él trabajaba un equipo de cinco técnicos.

El módulo que me llevaría hasta *Extraout* era un cilindro de poco más de cuatro metros de longitud, con un diámetro de dos metros. Una punta aguzada convertía la proa en un proyectil gigante.

Un ordenador guiaría el módulo hasta la ciudad- factoría.

—Ya sabes, Joe, que dominarás la nave cinco minutos antes de que se pegue a la estructura de la ciudad flotante del espacio. En esos cinco minutos serás visible para las patrullas, de modo que tendrás que prestar mucha atención a la pantalla del ordenador. A la menor señal de peligro presiona el botón azul y el ordenador te traerá de regreso a la base.

—Descuide, comandante.

Nos estrechamos la mano y me recosté en la extraña butaca única del módulo.

Amos levantó el pulgar y yo sonreí. Presioné el botón rojo de despegue y, con la primera vibración del módulo, caí en un sueño profundo y agradable.

CAPÍTULO III

Desperté ante la visión espectacular de la ciudad-factoría de *Extraout.*

Si las imágenes televisadas o fotográficas resultaban sorprendentes, la visión directa del monstruo luminoso, detenido en el espacio negro, expectante y gigantesco, resultaba conmovedora.

Había sido el hombre el responsable de inventar aquella urbe mecánica, protegida por un sistema original de los peligros del espacio, cumpliendo una órbita pequeña y repetida, repleta de gentes que trabajaban a un ritmo febril.

Repentinamente, tuve conciencia de lo que significaba verdaderamente el desarrollo tecnológico y supe que era algo espeluznante. Todo, o casi todo, era posible.

El aire del interior del módulo contenía una sustancia alimenticia que me había proporcionado todo cuanto exigía mi buena fisiología. Cogí los controles y dejé que el ordenador buscara el sitio donde pegar el módulo a la estructura.

El sitio apareció en la pantalla y entendí el porqué de la forma balística del módulo.

El ordenador abandonó entonces el control de la nave. Exactamente cinco minutos antes de llegar a destino, como me había asegurado el comandante.

En la pantalla detecté la presencia de naves patrulleras en las inmediaciones, pero calculé que tendría tiempo de llegar al punto previsto.

El sitio elegido era un ángulo de una de las inmensas patas cuadrangulares de la otra pata, la más larga, el tentáculo que reunía la base con las pirámides de la cumbre. Cada tentáculo se vinculaba con los demás por una verdadera red de conductos, pasillos y corredores

de distintos tamaños creando intersecciones de diferentes dimensiones, verdaderas estaciones de paso tan grandes como una urbanización terrestre.

Durante un instante me dio la impresión de hallarme en presencia de una placenta monstruosa con su contenido fetal.

El módulo tenía la forma de los grandes cabezales abulonados que servían de fuselaje exterior a las planchas de la estructura. Cuando se adhiriera a la ciudad- factoría sería imposible de detectar, confundido con los millones de cabezales.

El comandante Lud había hecho un buen trabajo de exploración y elegido el sitio indicado.

Guié el módulo hacia el sitio detallado en la pantalla y en el momento en que se adhería al fuselaje y yo cortaba el contacto de las turbinas, una nave patrullera pasó veloz como un dardo a una distancia demasiado próxima

Aguanté la respiración.

Vi cómo la nave se detenía y comenzaba a girar sobre su eje, inmovilizada como un moscardón junto al cuerpo de un paquidermo.

Estaba buscándome, procurando detectarme. Seguramente su radar había consignado mi presencia una fracción de segundo antes de que me adhiriera a la estructura y ahora los patrulleros se devanarían los sesos investigando dónde había desaparecido la súbita noticia de mi presencia.

Al cabo de diez minutos, largos como diez siglos, prosiguieron su camino.

Yo sabía qué ocurriría. Consignarían el detalle detectado y cuando llegara a oídos de Mangol Blacich haría registrar minuciosamente la zona.

Tenía que darme prisa.

Verifiqué las condiciones de mi traje espacial, ajusté la escafandra-visor y salí del módulo. Llevaba botas ventosas para adherirme al fuselaje exterior de la estructura y, por las dudas, un pequeño sistema propulsor a la espalda, para la eventualidad de que fuera succionado por el vacío.

Me desplacé con infinita precaución hacia el sitio previsto por el comandante Lud. Lo hallé al cabo de una esforzada media hora. Se trataba de una enorme rampa con varias bocas de expulsión de desperdicios.

Elegí la boca de expulsión de líquidos y aguardé a que se abriera para arrojar al vado su contenido apestoso.

Cuando la compuerta se abrió, activé mi cohete propulsor y me introduje contracorriente dentro del conducto. El traje me protegía de la presión de la corriente líquida y avancé guiado por el resplandor del foco de mi visor.

Una a una fui trasponiendo las distintas compuertas hasta llegar a una especie de lago artificial. Admito que mi provisión de oxigeno me mantenía aislado de los miasmas de aquel lago hediondo, pero sentí una náusea repugnante ante la sola idea del sitio en que me hallaba sumergido.

Siempre utilizando el propulsor, me dirigí hacia la orilla del lago. Una orilla metálica y desierta. En lo alto, dentro de una cabina aislante, bajo la cúpula oscura que protegía el lago, observé a un hombre que controlaba el terminal a cuyo cargo estaba el sistema de expulsión de líquidos.

El tipo no parecía interesado por el paisaje lacustre.

Me así a la orilla metálica y la bordeé en busca de la escalerilla. La halé al cabo de diez minutos de paseo y salí de las aguas contaminadas en cuanto el tipo de la cabina aislante me dio la espalda.

Corrí rápidamente hacia un extremo del pasillo que vadeaba el lago y pegué el cuerpo contra una compuerta. La abrí y cerré con rapidez, transponiéndola velozmente.

Me encontré entonces en una cámara de descontaminación con su respectivo incinerador.

Me quité el traje espacial y lo introduje dentro del incinerador. Me quedé vestido, por tanto, con el mono ocre de los habitantes ociosos de la ciudad factoría. Es decir, aquellos que habían terminado su turno laboral y paseaban por la urbe. Llevaba, como ellos, un pequeño bolso colgado del hombro. Dentro del bolso tenía la pistola de proyectiles líquidos y varias cargas.

Observé el señalador que llevaba en mi muñeca. Lo había adecuado a las necesidades propias de la ciudad-factoría y el circuito que portaba me indicaba el camino hacia el salón de baile de Algott.

Pero primero tenía que salir de la cámara de descontaminación y alcanzar la calle.

Abrí la compuerta y salí.

Me encontré en una cámara similar en la que un rayo detector reconoció mi cuerpo e informó al ordenador que no tenía rastros de contaminación.

El ordenador abrió entonces un panel y me encontré en una estancia amplia, pulcra y refrigerada en la que había dos hombres con monos amarillos controlando el ordenador.

Me miraron sin interés.

Salí de aquella estancia a un corredor y me dirigí hacia la calle. En el camino me crucé con muchos ciudadanos espaciales y yo fui uno más entre ellos.

Sabía que tarde o temprano podrían rastrearme hasta el momento en que salí de la cámara de descontaminación.

Los dos operarios dirían que me habían visto pasar y eso sería todo. Entonces comenzaría la cacería. Pero todavía tenía, al menos, un par de horas a mi favor y en ese tiempo debía establecer contacto con Algott.

Llegué a la calle.

La calle consistía en una acera ancha y una calzada por la que circulaban monomóviles descubiertos con capacidad para tres personas. Había sectores horizontales y tramos que ascendían o descendían, configurando ese diseño en telaraña que yo había observado desde el exterior.

La iluminación era cenital, difusa y extrañamente cálida, como la del sol en un día de primavera. La temperatura, constante, no superaba los 18 C.

Me sumé a la corriente peatonal y siguiendo las instrucciones de los planos que iban apareciendo en la pantalla de mi *señalador,* fui aproximándome al barrio de las diversiones.

¿Cómo explicar su distribución?

Las calles convergían en una de aquellas intersecciones gigantescas, formando paseos circulares alrededor de una especie de fosa en la que se erigía el barrio del esparcimiento. Había en él callejas, edificios bajos y multitud de carteles de neón señalando los locales y sus promesas de placer.

Parecía un barrio portuario en noche de fiesta y comprendí que los diseñadores de *Extraout* habían pensado en el efecto psicológico que aquella maqueta irreal podía producir en las gentes aisladas en el infinito.

Desde un mirador de la calle por la que accedí al barrio, cuyo nombre era el de Frenex, pude comprobar sus dimensiones, algo más de cincuenta manzanas, dedicadas todas a su oferta de placer efímero.

Comencé a descender hacia él.

Un par de módulos policiales sobrevolaban lentamente el barrio en previsión de cualquier reyerta.

Todos los hombres y mujeres vestían el mono ocre de los ociosos, en tanto que los encargados de los locales de entretenimientos y su personal, músicos, cabareteras, unidades de placer y demás miembros de la fauna llevaban atavíos provocativos.

Cuando llegué finalmente al barrio y estuve a nivel de las calles atestadas, me sentí dentro de una gigantesca Kermese donde todo eran carcajadas, comentarios jocosos, algunos gritos y música, música de todo tipo brotando de los locales.

El salón de baile de Algott se llamaba Bluebell y estaba ubicado en el otro extremo del barrio.

Anduve por las calles observando las ofertas. Mujeres con minifaldas plateadas, pies descalzos y senos poderosos bailaban dentro de burbujas translúcidas; hombres ataviados solamente con un slip fosforescente movían la pelvis como atrapados por un espasmo continuo ante la mirada lúbrica de las mujeres que buscaban su cuota de placer.

Era un buen sitio para descargar energías. El alcohol estaba permitido en Frenex y yo adivinaba que, seguramente, habría algún tipo de droga para esas gentes atrapadas en el espacio. El trabajo policial, indudablemente, debía resultar arduo allí.

Frenex era como la vieja ciudad histórica de Las Vegas, nunca dormía y ofrecía sus placeres durante las veinticuatro horas. La luz cenital de la ciudad-factoría pretendía cumplir el mismo ciclo solar que disfrutaba la Tierra, para evitar desequilibrios en la población.

Frenex, no obstante, vivía el bullicio durante el día y la noche, interminablemente.

Avisté el letrero de neón de Pluebell al doblar una esquina. La marea peatonal no era tan intensa en aquel sector y me encaminé con paso regular hacia el local. Extraje la cadena con el medallón que llevaba oculta debajo del mono y dejé que brillara sobre mi pecho.

Yo no conocía a Algott.

Estaba a punto de entrar en el local cuando comenzó el tumulto. Una veintena de hombres y mujeres salió corriendo del Bluebell, trastabillando y creando una gran confusión entre los escasos peatones que pasaban delante del local.

Dos hombres, vestidos con monos azules del servicio de seguridad y portando sendas pistolas de proyectiles líquidos arrastraban a una mujer.

Me detuve a observar la escena.

La mujer debía tener treinta años. Vestía una falda muy corta de color rojo furioso que permitía una panorámica muy sugestiva de sus piernas perfectas. Una camiseta plateada con lentejuelas brillantes cubría parcialmente sus senos hermosos y prietos. El rostro era bellísimo y tenía una expresión salvaje mientras se debatía entre los brazos poderosos de los policías.

La melena negra, rebelde y húmeda por el sudor de la lucha, se pegaba a sus mejillas arreboladas.

Entonces corrió.

La mujer clavó sus ojos verdes en el medallón que yo portaba y un mensaje tan claro como un grito se dibujó en sus pupilas. Abrió la boca, dejó de contorsionarse y apretó los dientes.

Yo me acerqué a los dos policías.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Lárgate! —replicó uno de ellos—. No es de tu incumbencia.

La muchacha trató de zafarse pero el policía la sujetó con fuerza le dobló un brazo detrás de la espalda y le propinó una bofetada violenta.

Fue demasiado.

—Suéltela —dije.

—Vete o en cuanto llegue la patrulla te detendremos también a ti, imbécil —me espetó el único de los dos que parecía provisto de lengua.

Un número cada vez mayor de personas se agolpaba a nuestro alrededor.

El policía que no sujetaba a la muchacha dio un paso hacia mí y me empujó con fuerza mientras observaba el espacio abierto sobre nuestras cabezas, buscando la nave-patrulla.

Decidí actuar.

—Eh, amigo —dije.

El tipo me miró y le reventé la nariz de un puñetazo. Luego hundí mi rodilla en su entrepierna y antes de saltar por encima de su cuerpo para abalanzarme sobre el otro, le asesté un golpe en la nuca con el canto de la mano.

El otro policía buscó mi cuerpo con su arma, pero la muchacha se debatió y su disparo alcanzó a un joven pelirrojo que observaba la escena.

No le di oportunidad de que volviera a disparar. Mi pie voló a su arma que salió disparada. Lo cogí por los cabellos y tiré de él.

Soltó a la muchacha y lo golpeé dos veces en el corazón. Cayó arrodillado y le regalé un puntapié en la sien.

—¡Rápido, por aquí! —gritó la muchacha, cogiéndome de una mano.

Entramos al salón de baile, corrimos entre las parejas de bailarines y nos sumergimos debajo del escenario de plástico blanco sobre el que una orquesta enloquecía al personal.

—¡No te detengas! —aulló la muchacha.

Abrió un panel detrás del escenario y accedimos a un corredor oscuro al fondo del cual brillaba una luz.

Llegamos a una especie de callejón sin salidas y ella señaló una escalera metálica.

Trepamos saltando los escalones de dos en dos hasta llegar a un balcón de la primera planta.

La lengua de un reflector barrió el balcón y la muchacha se pegó a mi cuerpo, cubriéndome, aplastándome contra un ángulo oscuro.

Aspiré su perfume y sentí la voluptuosidad de sus senos y sus muslos apretados contra mi cuerpo.

Ella levantó el rostro brillante de sudor y me miró con sus hermosos ojos verdes.

—Han matado a mi padre —dijo con los labios húmedos.

La lengua del reflector se alejó y ella tiró de mi para seguir subiendo por la escalera.

Llegamos al tejado y observamos las inmediaciones.

—¿Quién era tu padre? —pregunté.

—Mi padre era Algott, pero ellos lo descubrieron esta noche. Estaba aguardando tu llegada. Tenemos que hablar. Yo...

El sonido de una nave sobrevolando el barrio interrumpió su discurso.

Yo saqué la pistola de mi bolso.

Cuando vi la nave, apunté al sitio preciso y disparé tres proyectiles. Hubo una pequeña explosión y la nave cayó con su carga policial.

Ella dijo:

—Sígueme sin detenerte.

Corrimos por los tejados y saltamos a la calle en el extremo opuesto a la entrada del Bluebell.

Ella procuró arreglar un poco su aspecto antes de sumarnos a la corriente humana.

—Allí —dijo, señalando un edificio en el que se leía en grandes letras luminosas la eterna palabra mágica para culminar una noche frenética: HOTEL.

Entramos en el hotel y subimos directamente a la segunda planta. Nos cruzamos con dos parejas que acababan de vivir su momento de amor y nos detuvimos ante una puerta que ostentaba una placa con una luz verde.

—Esta está desocupada —dijo ella.

Entrame» y cerramos la puerta.

Ella se dejó caer sobre la cama y yo reconocí la habitación.

Era limpia, pintada de blanco, con una cama, una puerta que daba a un lavabo, una ventana a la noche de neón y una pantalla muy grande en la pared que enfrentaba a la cama.

Presioné un botón en la pared y la luz se apagó. En la pantalla aparecieron un hombre y una mujer bailando una danza exótica que consistía en movimientos espasmódicos a través de los cuales iban arrancándose las ropas hasta quedar desnudos.

Me volví hacia la muchacha.

—Mi nombre es Yima —dijo.

—Yo soy Joe Brody.

Le entregué el medallón.

Sonrió con ternura y movió la cabeza con un gesto de resignación.

—Se ha terminado —dijo.

—Me temo que no te comprendo, Yima.

—Mi padre fue asesinado hace una semana. Encontraron los documentos, los salvoconductos y las credenciales falsificadas. No tengo nada que ofrecerte para que cumplas tu misión.

—No te preocupes.

Me recosté en la cama a su lado.

En la pantalla, el hombre y la mujer encontraban múltiples posiciones para alcanzar un éxtasis que prolongaban hasta el delirio.

Yima se revolvió en la cama, yo me puse en pie e interrumpí la escena de la pantalla.

—Me has salvado la vida —dijo ella.

Me senté a su lado y le acaricié el cabello húmedo.

Cerró los ojos y suspiró.

Los pechos se hincharon debajo de la camiseta brillante y su cuerpo se estremeció.

Me incliné y la besé suavemente en los labios.

Abrió los ojos.

—Es todo muy triste —dijo.

Le besé los párpados, la nariz, los pómulos y la barbilla.

—Es agradable —murmuró—, por una vez en mi maldita vida es agradable recibir caricias.

Volví a besarla en los labios, esta vez con mayor fuerza, y reaccionó al beso con una pasión largo tiempo reprimida. Se aferró a mí como una araña lúbrica y yo recorrí su cuerpo tenso y afiebrado con manos multiplicadas, palpando la rotunda calidez de los pechos, desvistiéndola y desvistiéndome.

El abrazo desnudo fue prolongado y hermoso. No fue un acto de amor, sino de esa clase de deseo que florece con la desesperación, el temor y el riesgo.

CAPÍTULO IV

—¿Qué sabes de lo que está ocurriendo en *Extraout?*

Movió la cabeza sobre mi pecho y pasó una pierna desnuda por encima de mi estómago.

Era una muchacha sabia, tibia y deliciosa. Me sentí más unido a ella que al resto de mi vida.

—Saben que no tienen futuro —dijo sentenciosamente.

Acaricié su rostro, y continuó hablando.

—Mangol Blacich se ha desprendido de todos cuantos se oponían a sus planes.

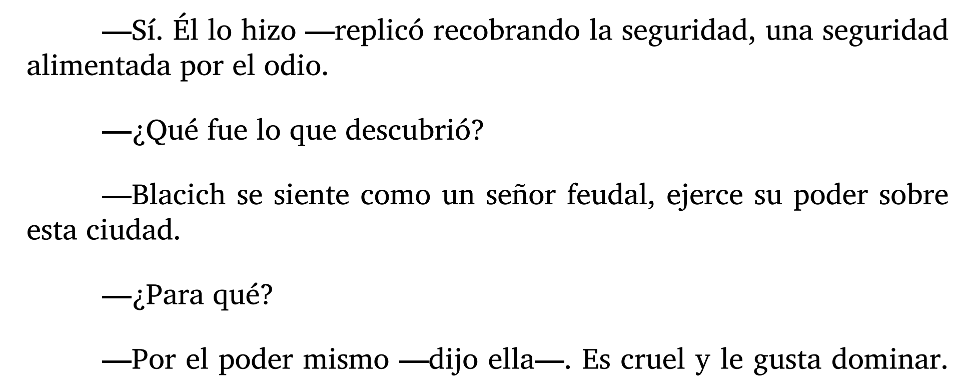
—¿Qué clase de planes son ésos?

—Planes sin futuro, Joe. Es una locura. Estamos condenados.

—Por favor, explícate.

—Lo siento... es que hace tanto tiempo que no puedo explicarle a nadie lo que está ocurriendo...

—Tu padre lo descubrió, ¿verdad?



—Sí. Él lo hizo —replicó recobrando la seguridad, una seguridad alimentada por el odio.

—¿Qué fue lo que descubrió?

—Blacich se siente como un señor feudal, ejerce su poder sobre esta ciudad.

—¿Para qué?

—Por el poder mismo —dijo ella—. Es cruel y le gusta dominar. Tiene una ciudad para satisfacer su ambición, una ciudad perdida en el extremo del mundo.

—¿Nadie se ha opuesto?

—Todos han muerto.

—Las prostitutas…

Me fulminó con una mirada y se apartó de mí para ponerse de pie y mirar a través de la ventana.

Tenía un cuerpo capaz de hacer balbucear a un ordenador.

—Ellas, las unidades de placer, fueron las primeras víctimas. Participaron en fiestas muy privadas y el alcohol tiró de la lengua de algunos de los cancerberos de Blacich. Se deshicieron de ellas porque todavía no lo tenían todo dispuesto.

—Y los hombres… ¿qué ocurrió con ellos?

—Eran los técnicos encargados del sistema de ventilación exterior de la ciudad-factoría, los doce que desaparecieron son los que se opusieron al *Proyecto Fin.*.

—¿El Proyecto Fin?

Asintió lentamente y su cuerpo sufrió un estremecimiento. Cruzó los brazos sobre los pechos desnudos y regresó a la cama. Acarició mi rostro con infinita ternura y luego dijo:

—Blacich ha hecho colocar cargas de *Letonio* bruto en los sitios claves de la estructura.

—El Letonio de las dos naves desaparecidas —dije.

—Sí. Liquidó a las tripulaciones.

—De ese modo impedía que se hablara de lo que ocurría en este sitio.

—Y ganaba tiempo.

—Entiendo.

—El *Letonio* bruto es un poderoso explosivo nuclear. Desde su fortaleza en la pirámide de la cumbre, puede hacer estallar toda la estructura y convertir a la ciudad en polvo cósmico.

—¿Y los ciudadanos de *Extraout* lo saben?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Saben que no pueden hacer nada contra Blacich. Su guardia policial ha sido elegida personalmente y son todos unos psicópatas. Han detenido a los rebeldes y contestatarios y los han devuelto con el cerebro lavado.

—Hijo de perra..

—Nadie sabe lo de las cartas de *Letonio,* crearía el pánico una noticia así, pero será suficiente que lo sepan en la Tierra para que se cuiden mucho de tomar alguna iniciativa bélica contra *Extraout.*

—Tenemos una semana —dije.

—Estás loco.

—No, y te diré por qué.

Yima se recostó a mi lado y acarició mi vientre como si pretendiera calmarme, impedir que cayera por la pendiente de la demencia repentina.

—Jamás podremos salir de este hotel y dar más de veinte pasos, Joe.

—Ya pensaré en ello. Ahora quiero que lo veas del siguiente modo. Conozco a Blacich y es un verdadero sádico, pero además es desconfiado. El debe controlar personalmente el mecanismo capaz de hacer estallar la estructura de la ciudad y, por tanto, si consigo llegar

hasta su reducto podré desactivarlo. ¿Entiendes? El mismo ha creado su propio mecanismo de neutralización.

—Deliras, muchacho —dijo con buen humor, pero sin resignación.

—No, estoy acostumbrado a las empresas imposibles. De hecho he vivido durante veinte años haciendo este tipo de trabajos. Soy un investigador.

—¿Cómo llegarás hasta él?

—Trepando —bromeé.

—Necesitamos ropas para mí, un mono de ocio. Con estas prendas pasaré tan desapercibida como una luna llena en una noche clara.

—¿Todos en la ciudad conocen el delirio de poder de Blacich?

—Prácticamente todos.

—¿Podemos contar con alguna ayuda?

—Es posible, pero no conozco a nadie completamente fiable. Mis amigos están... muertos.

—Lo siento.

—¿Cómo lo haremos?

—Improvisaremos sobre la marcha.

—¿Por qué?

Al principio no comprendí la pregunta.

—Porque tengo una isla tranquila y muchas ganas de que la conozcas, nademos juntos en la rompiente y huyamos de los tiburones. ¿Te parece una razón suficiente?

Giró el cuerpo hacia mí y me besó con fuerza en los labios.

Había algo en ella que podía convertirme en un simio ebrio y lo consiguió con inaudita rapidez.

Rodamos sobre la cama y buscamos el último reducto con una

deliberada precisión, sorbiéndonos el aliento.

Una hora más tarde nos duchamos y vestimos.

—Aguarda un instante, te buscaré un mono de ocio.

Salí de la habitación y miré hacia los dos lados del corredor. No había ninguna pareja en las inmediaciones, de modo que decidí aguardar.

Todo era gratuito en *Extraout.* Los salarios permanecían intactos hasta que sus propietarios decidían regresar a la Tierra o algún otro planeta y establecerse allí. Por lo tanto, el objetivo de Blacich era, si se quiere, todavía más demencial. El poder por el poder.

Uniterra jamás admitiría que la ciudad-factoría se convirtiera en un feudo, pero tampoco sacrificaría a una población de doscientos mil hombres y mujeres para neutralizar al demente.

El sonido de pasos interrumpió mis reflexiones.

Una muchacha muy joven y hermosa apareció en el corredor, seguida por un hombre bajo y robusto que sonreía como un niño y trataba de levantarle la falda cortísima. Ella procuraba hacerle desistir sin demasiada convicción y lanzaba carcajadas cortas y estridentes, como una pájara.

Pasaron delante mío, ella contoneándose desvergonzadamente y él dando traspiés, embriagado por el cuerpo de la hembra.

Abrieron una puerta y entraron en la habitación contigua a la nuestra.

Me precipité dentro antes que la puerta se cerrara y golpeé prudentemente al hombre en la nuca. Se desplomó pesadamente y la muchacha se volvió hacia mí, estupefacta.

Le tapé la boca con una mano y con la otra le apreté el cuello en el sitio preciso, impidiendo que la sangre fluyera a su cerebro. Al cabo de unos segundos perdió el conocimiento.

Desvestí al hombre y me quedé con su precioso mono ocre. Desvestí luego a la muchacha y los puse muy juntos sobre la cama. Tal vez aquella posición les sugiriera algo en el momento de despertarse.

Regresé a nuestro cuarto y entregué el mono a Yima.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras se vestía.

El mono elástico se adaptó perfectamente a su cuerpo, como antes lo había hecho al cuerpo del hombre robusto.

Me acerqué a la ventana y observé la calle.

El número de transeúntes se mantenía constante en la noche-día eterna de la ciudad espacial.

Comprobé la carga de mi pistola y busqué algo que me permitiera eludir la vigilancia aérea que adivinaba sobre el barrio de Frenex.

No me resultaba muy difícil adivinar la razón por la cual no habían puesto el barrio patas arriba para dar con nosotros. Blacich no deseaba crear un malestar inútil entre sus súbditos. ¿Para qué crear animadversión? Tarde o temprano nos cogerían, todo consistía en establecer puestos de control en los corredores de enlace entre las distintas uniones, entre los distintos barrios... Blacich sabía que era yo el candidato a acabar con él. Perny Lloydbuck ya se lo habría explicado con todo lujo de detalles y, por tanto, sabía también que tenía que llegar hasta él, trepar, ascender por uno u otro corredor espacial, ganar terreno en el safari de ocho mil metros que separaba el nivel del barrio Frenex de esparcimiento, de la pirámide de la cumbre en la que él había constituido el centro de su feudo.

Un monomóvil de carga se detuvo en la calle y dos hombres descendieron de él con sendos cilindros unidos a la caja del vehículo por dos tubos flexibles.

—¡Ya está! —exclamé.

—¿Qué has pensado?

—Mira allí. El camión de los desperdicios.

El rostro de Yima se iluminó.

—Sí, es una posibilidad.

—Aguarda un instante.

Presioné un sensor de mi señalador y busqué el plano de la eliminación de residuos. Para aquel área, el centro de admisión y eliminación se hallaba dos niveles por encima nuestro. Si

conseguíamos hacernos con el monomóvil sin despertar sospechas podíamos salir del nivel de Frenex.

—Vamos, no hay tiempo que perder —dije a Yima.

Estábamos descendiendo las escaleras cuando subió una mujer delgada y seca provista de una mirada dura como el pedernal.

Llevaba el mono del servicio de limpieza y se dirigía a preparar la habitación que acabábamos de dejar para un nuevo combate sexual.

—En cuanto estén cerca del portal me ocuparé de ellos —dije a Yima.

Uno de los operarios, armado con su aspirador, pasó junto al portal del hotel. Lo cogí por el cuello y lo golpeé en la sien. Le desvestí ayudado por Yima y me puse su mono encima del mío. Luego asomé el rostro y llamé al otro hombre. Se acercó con expresión fatigada.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Has hallado…?

No terminó la frase. Un *jab* corto a la mandíbula lo durmió al instante.

Yima se puso el mono y luego escondimos a los tipos, convenientemente amarrados, en una habitación libre de la planta baja. Eso nos daría tiempo.

Recogimos los aspiradores y caminamos hacia el vehículo.

—Tú conduces, princesa.. Yo cuidaré nuestras espaldas.

Avanzamos por las calles haciendo menos paradas que las previstas para el mantenimiento de la higiene ciudadana, pero alejándonos del centro del barrio hacia la calle ascendente que, según mi *señalador,* era la que llevaba al nivel superior y que correspondía al itinerario del monomóvil de desperdicios.

Una nave policial pasó muy lentamente por encima de nuestras cabezas sin prestarnos la menor atención.

Hicimos tres paradas antes de emprender el ascenso.

—Allí hay un control —dijo Yima.

A tres metros sobre el nivel de la calzada, suspendida en el aire,

inmóvil, había una nave policial con dos guardias armados con fusiles de proyectiles líquidos.

Dos policías controlaban a los peatones que avanzaban por las aceras.

Yima detuvo el monomóvil a diez metros del control.

—Recojamos algo de basura, ¡date prisa! —dije a Yima.

Nos apeamos provistos de los aspiradores y estuvimos paseándonos ostentosamente durante varios minutos.

Me acerqué cuanto pude al control, estirando al máximo el tubo flexible de mi aspirador, y miré a los policías.

—Todo es inmundicia —dije en voz alta, sin dirigirme a nadie en particular.

Luego regresé al monomóvil y b puse en marcha.

Me detuve debajo de la nave vigilante y antes de que el policía de la acera se acercara le dije:

—Todo es pura inmundicia, ésta es una ciudad de cerdos...

—¡Largo de aquí, tenemos trabajo! —me espetó el policía.

—Está bien, está bien, ¿qué modales son ésos? Yo también tengo trabajo, un trabajo inmundo —repliqué, alejándome lentamente en dirección al nivel siguiente.

Yima lanzó un suspiro, se inclinó sobre mí y me besó con fuerza en la boca.

—No vuelvas a hacerlo, princesa. Alteras mi sistema hormonal.

—Yo cuidaré de tu sistema hormonal cuando todo haya acabado.

—Júralo.

—No es necesario.

Acaricié su rostro encendido y llegamos al siguiente nudo habitacional. Era un barrio-dormitorio, prácticamente desierto. Hicimos cuatro paradas bajo la vigilancia de dos naves policiales,

recogimos los residuos y continuamos nuestro peregrinaje de fugitivos.

El siguiente control era más peligroso. No había tantos peatones que distrajeran a los guardias y aplicar la estratagema de pasearnos abiertamente no resultaría. La calle estaba inmaculadamente limpia.

Consulté con mi *señalador.*

El siguiente corredor ascendente llevaba a dos sitios. El primero era un nudo comercial, el segundo, la planta fraccionadora de los residuos.

—Pasaremos a la fuerza, Yima. Conduce sin detenerte a velocidad reducida y cuando yo te lo diga aprieta el acelerador.

—¿Qué dirección?

—Detente en la bifurcación.

—De acuerdo.

—Adelante.

Avanzamos hasta unos ocho metros de la nave policial, suspendida a tres metros del suelo, con sus pareja de guardias.

—Detén el vehículo —dije.

Yima obedeció.

Los dos policías que aguardaban sobre las aceras se miraron y luego avanzaron hacia nosotros.

—¿Estás lista, princesa?

—Estoy lista.

Salté del vehículo cogiendo la pistola con ambas manos y disparé con rapidez.

El primer proyectil entró en el pecho del policía que avanzaba por la acera izquierda, el segundo y el tercero dieron en el rostro del que cerraba la acera derecha.

Cuando apunté a la nave policial, los fusiles buscaban mi cuerpo. Rodé por la calzada y disparé a boca jarro contra la nave. La descarga no fue muy precisa, pero conmovió a la nave y evitó que

pudieran hacer puntería sobre mí.

Detuve mi movimiento, me arrodillé en el suelo y disparé con serenidad.

Alcancé a uno de los policías que cayó desde la nave con un grito.

El otro puso su vehículo volador en movimiento y procuró alejarse, pero lo alcancé cuando pasó por encima del monomóvil desde el que Yima observaba la acción.

El disparo entró entre sus omóplatos. Abrió los brazos y perdió el control de la nave.

En el momento en que se estrelló contra la calzada, varios metros detrás nuestro, Yima y yo avanzábamos a toda pastilla por el corredor, ante los rostros de una galería de peatones de expresión demudada.

En la bifurcación, afortunadamente, no había nadie.

—Aléjate en esa dirección, yo te alcanzaré.

Yima descendió del monomóvil y yo fijé su dirección y presioné el acelerador manual. El vehículo se alejó sin conductor en busca de la planta de eliminación de desperdicios.

Yima me aguardaba en la bifurcación.

—Vamos, princesa. Nos ocultaremos en el complejo comercial.

Nos quitamos los monos de recolectores de residuos y continuamos nuestra carrera vestidos como los ociosos de *Extraout.*

CAPÍTULO V

En las proximidades del centro comercial, una gigantesca construcción con varias plantas distribuidos alrededor de un patio interior y provisto de cientos de locales donde los habitantes de la ciudad-factoría, exhibiendo su tarjeta de identificación, podían adquirir una cantidad razonable de Productos, el movimiento peatonal aumentó considerablemente.

Varios monomóviles aparcaban junto al edificio y observé el conjunto de plantas exóticas, artificiales, que pendía de los balcones-terrazas, bajo un sol ficticio que permitía la ilusión de un verano en el trópico.

Dos piscinas gigantes flanqueaban un costado del edificio y en ella retozaban un millar de desocupados.

La ausencia de niños hacía deprimente el paisaje festivo.

Había una decena de naves policiales sobrevolando el complejo comercial y supuse que un número indeterminado de esbirros de Blacich, convenientemente ataviados como el resto de la población ociosa, estaría a la caza de la presa.

—Hemos de buscar otro medio de llegar a la pirámide de la cumbre, princesa.

—¿Cuántos de ellos serán agentes de Blacich? — inquirió Yima, señalando a la multitud que entraba y salía del complejo.

Comenzamos a cruzar el jardín artificial que precedía al acceso principal cuando varios hombres se abalanzaron sobre una pareja.

No dieron la voz de alto, los golpearon sin hacer preguntas.

El hombre recibió un golpe feroz en los riñones y varios en el rostro. La mujer lanzó un grito y se revolvió entre los brazos de un gigante negro y barbado que la sujetaba con fuerza.

Dos tipos habían cogido al hombre por los brazos y lo sostenían mientras un tercero lo golpeaba en el estómago.

Los chillidos de la mujer cesaron cuando el negro le atizó en la cabeza.

—Es a nosotros a quienes buscan —dijo Yima, a punto de lanzarse sobre el grupo.

—¿Estás loca? ¿Qué quieres, que nos liquiden? ¿Sabes lo que tenemos entre manos? —le dije, auténticamente irritado por su reacción emocional.

—Lo siento —dijo.

Dejaron de golpear al hombre y lo arrastraron hasta una nave policial que descendió sobre el parque.

Cuatro policías acompañaron a los dos pobres cuerpos inertes. El negro miró a su alrededor y con gestos violentos indicó a los curiosos que se dispersaran.

—No podemos arriesgarnos, Yima. ¿Qué hay en la última planta?

—Artículos cosméticos.

—Vamos allá.

Subimos con todos los sentidos alerta por las escaleras mecánicas y superamos las tres primeras plantas sin dificultad. Todos parecían a punto de saltar sobre nosotros.

Podía notar el nerviosismo de Yima y durante un momento tuve la horrible sensación de que estaba metido en un asunto realmente

horrendo. Si nos cazaban nos harían trizas. Miré a Yima y sentí un estremecimiento de temor por ella. No podría soportar que le hicieran daño.

—Joe, necesito ir al lavabo. No me siento muy bien —dijo Yima

Todavía nos faltaba una planta para la última.

Ella se deshizo de mi abrazo y corrió hacia los lavabos, eludiendo a la gente que la observaba con indiferencia.

La seguí sin prisas y me detuve delante de la puerta del lavabo. Disimulé mi espera observando una serie de juegos de salón. Eran juegos para adultos, juegos sensuales y estimulantes.

Yima estaba tardando demasiado.

Los lavabos estaban en un corredor ancho protegido de la visión del salón por un biombo fijo.

Traspuse el biombo y vi el rostro demudado de Yima. El gigante negro la sostenía por los brazos y la sacudía con violencia.

—¿Dónde está el bastardo que huyó contigo? ¡Contesta, perra!

Le hundí la pistola en los riñones.

—Suéltala, muñeco, o te perforo tu linda piel oscura.

El tipo la empujó y Yima trastabilló hasta dar con la espalda contra la pared.

El negro giró con rapidez, apartó la pistola y me hundió su puño derecho en el pecho.

Sentí el ahogo como una nube encendida que se cernía sobre mi garganta, pero no perdí el control. Conseguí eludir el segundo golpe, un martillazo capaz de arrancarme la cabeza, y me dejé caer.

Desde el suelo le barrí las piernas con una patada circular, y dio con su corpachón contra la suave moqueta plástica.

Yo rodé y me puse de pie, pero no fui lo bastante rápido. Su puntapié hizo volar la pistola de mis manos. Cayó sobre mí como un orangután desesperado y me sujetó el rostro con sus manazas. Me buscó los ojos con los pulgares, sentado sobre mi estómago.

Vi sus grandes dientes apretados y el rostro tenso de placer y esfuerzo.

Cerré mi puño derecho, me concentré todo cuanto pude y descargué un golpe corto sobre su costilla flotante izquierda. Sentí cómo se quebraba y el negro aflojó la presión.

Volví a golpearlo en el mismo sitio y me lo saqué de encima Lo cogí por los cabellos antes de que atinara a nada y le torcí el cuello con un movimiento breve.

El sonido de las vértebras al romperse resonó en la estancia como un latigazo.

Busqué a Yima con la mirada y la vi precipitarse sobre la pistola, cogerla con las dos manos, apuntar en mi dirección y disparar.

El proyectil rozó mi cabeza.

Me volví.

Un individuo ataviado con un mono ocre y que sostenía un arma en la mano expulsó un borbotón de sangre por la boca destrozada por el proyectil y cayó hacia atrás.

—Joe… —dijo Yima.

Fui hasta ella, cogí la pistola y la abracé.

—Salgamos de esta ratonera, amor —le dije.

Pero fue demasiado tarde.

Dos tipos entraron y dispararon a la vez. Alcancé a uno de ellos en el esternón, pero cuando abatí, al segundo ya había conseguido hacer un disparo.

Sentí que Yima se convertía en un muñeco de peso muerto y vi su rostro atravesado por una mueca de dolor.

—¿Qué…? —dije.

—Por el lavabo de mujeres… —dijo con un hilo de voz.

Una mancha de sangre se esparcía sobre su seno derecho. La deposité en el suelo, con la espalda apoyada a la pared y le abrí el mono. El proyectil había entrado justo debajo del seno.

—Aguarda un instante —dije.

Corrí hacia el biombo y miró hacia afuera. Cuatro disparos estallaron contra la pared, por encima de mi cabeza.

Regresé junto a Yima.

—Están ahí, ¿verdad?

No tenía objeto engañarla.

—Sí.

—Vete... por favor... tú tienes una oportunidad... por el lavabo de...

Abrió muy grandes los ojos y perdió el conocimiento.

Respiré profundamente, controlé la furia, la impotencia y el dolor y entré como una tromba en el lavabo de mujeres. No había nadie. Me dirigí a la ventana y la abrí. Allí abajo, a más de veinticinco metros estaban las dos piscinas.

No tenía tiempo para dudas. Guardé la pistola en el bolso, traspuse la ventana y salté.

No fue una buena zambullida, pero no perdí el conocimiento. Nadé por debajo del agua y salí junto al borde próximo al edificio. A pesar de la espectacularidad del salto, fueron muy pocos los que vieron mi vuelo.

Ya estaba en guerra, de modo que corrí flanqueando el edificio del centro comercial con la mano dentro del bolso, sujetando la pistola.

Dos tipos armados aparecieron corriendo, en sentido opuesto.

Sin sacar la mano del bolso les envié una serie de disparos. Cayeron rodando sobre los heliotropos artificiales. Me detuve para recoger un fusil de proyectiles líquidos y continué mi carrera.

La nave policial estaba detenida entre dos fuentes con juegos acuáticos.

Disparé a los dos guardias desde una distancia de veinte metros y la potencia de los impactos los arrojó fuera de la nave. Yo salté dentro y me senté en la butaca de mando. Alcé el vuelo sin prisas y

me dirigí hacia la ventana del lavabo por la que había saltado. No sé por qué lo hice, pero casi me cuesta la vida.

Había varios tiradores apostados en ella y en cuanto me vieron iniciaron un fusilamiento desesperado. Tiré de la palanca de mando y el navío subió casi verticalmente. Cuando llegué a la terraza la crucé a toda velocidad en sentido diagonal y enfilé hacia el primer conducto que encontré.

Busqué mi posición en el *señalador*. Continuaba ascendiendo. Una nave apareció delante mío, pero no podían saber que yo era el fugitivo, cuando pasó debajo de mí les lancé una andanada y vi cómo se estrellaba en la calzada, veinte metros más abajo.

Imprimí a la nave toda la velocidad y continué por el mismo pasillo guiado por una furia homicida.

Llegaría a la pirámide y destrozaría a Mangol Blacich con mis propias manos.

La suerte me permitió continuar durante unos diez minutos más. No volví a disparar contra las naves policiales que cruzaba en mi camino. Pero fue inútil.

Había ascendido la mitad del recorrido cuando varios disparos alcanzaron el motor de la nave.

Cal suavemente, seguido por los disparos de cuatro policías encaramados sobre la terraza de un edificio de seguridad. No los había visto, pero ya tenían mi descripción.

Toqué el suelo y el impacto me hizo saltar de la nave. Regresé a ella, cogí una mochila con equipo de emergencia y corrí por la acera en busca de un refugio.

Un segundo después la nave estallaba.

Doblé una esquina y vi la vía de escape. Un grupo de obreros controlaba la presión interior del conducto de aireación que corría por debajo de la calzada. Miraban atentamente la pantalla de un terminal portátil donde aparecían las cifras obtenidas por un sensor que se hundía en el corredor a través de una compuerta del suelo.

Me aproximé a ellos por detrás, salté la valla que protegía el orificio de la compuerta y caí adentro. Calculé mal la profundidad y me di un buen golpe que repercutió en mi columna vertebral como un

mazazo, pero conseguí mantener el equilibrio y me alejé rápidamente de la luz que entraba por el orificio de la compuerta.

Sólo me detuve cuando calculé que había avanzado más de cien, tal vez doscientos metros.

Me senté en el suelo del corredor, un tubo de material inalterable de dos metros de diámetro, y abrí la mochila. Saqué de ella el traje de emergencias y la escafandra y me vestí con él. Ajusté el propulsor a mi espalda y recargué la pistola y el fusil. Inspeccioné el contenido de la mochila para ver qué otra cosa podía serme de utilidad. Sólo hallé una linterna y una cuerda, el resto no me servía.

El *señalador* me indicó la posición. Podía avanzar en sentido horizontal pero no ascender o descender. Había grandes ventiladores en los conductos verticales que resultaban imposibles de superar.

Estaba atrapado en un único nivel y tenía que ascender.

Me había puesto el traje de emergencias porque pensé que tal vez pudiese avanzar por los conductos de aire viciado y entonces necesitaría el oxígeno del traje, pero ahora comprobaba que era totalmente imposible.

Estuve a punto de estrellarme la cabeza contra la pared y entonces pensé en el coronel Lud y en el hijo de perra de Perny Lloydbuck. Si Yima había muerto, entonces yo la vengaría. Acabaría con Blacich y su absurdo imperio de locura.

Miré el traje de emergencia y la idea apareció en mi cerebro atenazado como por arte de magia.

Si no podía llegar hasta la pirámide de la cumbre por el interior de la ciudad-factoría, entonces lo haría por el exterior. Me maldije por no haberlo pensado antes.

Estaba seguro de que la vigilancia en el exterior no sería tan rigurosa. En todo caso podía detectar a las patrullas en sus naves con mayor facilidad que el ejército de psicópatas disfrazados que Blacich hada desfilar entre la multitud.

Avancé con optimismo por el conducto, iluminando el camino con el haz amarillento de la linterna, y descubrí la primera carga en una pequeña plataforma suspendida del techo y que colgaba casi a la altura de mi cabeza.

Yo me encontraba en el sistema de ventilación de *Extraout,* el sistema elegido por Blacich para albergar las cargas de *Letonio* bruto.

Inspeccioné las largas cápsulas amarillas. Calculé que en cada una habría, cuando menos, diez kilos del peligroso material. Conté ocho cápsulas. Era una carga suficiente para destrozar todo aquel nivel y estaba seguro de que habría más.

Siguiendo la dirección indicada por mi *señalador,* me dirigí hacia la parte más distal del sistema, es decir, la parte que comunicaba con la estructura y el fuselaje exterior de la ciudad-factoría. Debo haber caminado unos tres o cuatro mil metros en sentido horizontal y en ese tramo contabilicé seis cargas de *Letonio* semejante a la primera.

No cabía la menor duda, Mangol Blacich estaba completamente loco.

Operé mi *señalador* para buscar el plano que incluyera la salida más próxima al exterior. Durante mi avance, había desactivado las cargas de aquella planta. Sabía que era un esfuerzo inútil, porque habría cientos de cargas dispersas a lo largo de todo el sistema, pero no pude resistir la tentación de neutralizar, al menos, aquellas pocas.

El *señalador* me indicó la salida. Estaba muy cerca y constaba de varias compuertas de protección. Sólo había un problema, superar el obstáculo de un ventilador.

Me acerqué cuanto pude a él, ascendiendo por un conducto vertical en dirección al nivel superior. La salida estaba por encima de mi cabeza, en la planta siguiente.

El ascenso no fue muy difícil ya que en las paredes del conducto había peldaños metálicos que servían para el mantenimiento del sistema, pero debía sujetarme con fuerza para evitar ser succionado por las paletas del ventilador.

Me detuve a unos cinco metros, aferré mi cuerpo a los peldaños con la cuerda y apunté con el fusil al centro del ventilador. Necesité ocho disparos para deteriorarlo y detenerlo.

Me desaté, recuperé la cuerda y procedí a pasar por entre las afiladas paletas de ochenta centímetros de largo por cuarenta de ancho. Si en ese momento se ponían en funcionamiento me convertirían en una porción de picadillo.

Cuando superé el obstáculo y llegué al conducto horizontal del

nivel superior oí el sonido de la alarma.

La detención del ventilador había alertado al ordenador que supervisaba el sistema. En unos minutos tendría al equipo de mantenimiento en el nivel inferior.

Avancé con rapidez hacia la primera compuerta de expulsión, la abrí y pasé del otro lado. La segunda compuerta se hallaba unos quince o veinte metros más adelante. La superé con facilidad y me encontré en un sector del conducto sucio y amplio en el que se producían poderosos remolines de aire.

Era la antesala del infinito.

Enrollé la cuerda a mi cintura y verifiqué el buen funcionamiento del propulsor. Una vez que lo hube hecho, me dejé arrastrar por la corriente de aire y pocos segundos después flotaba como un microbio junto a la estructura monstruosa de la ciudad-factoría.

Activé el propulsor y me mantuve junto a la poderosa mole refulgente del fuselaje exterior.

Me hallaba a mitad de camino entre la plataforma basal y las seis pirámides de la cumbre. Tenía que ascender unos cuatro mil metros valiéndome del propulsor. Era sencillo si no me topaba con una patrulla. Tal vez una hora de marcha con varios descansos para no agotar la carga del propulsor.

Las botas adherentes me permitían caminar como el hombre-mosca, por las paredes verticales, a condición de no despegar ambos pies al mismo tiempo, porque el espacio me succionaría.

Comencé a ascender valiéndome del propulsor.

La superficie del fuselaje era una sucesión de cabezales gigantes que la convertían en una extraña pradera de médanos oscuros. Un hombre podía avanzar por entre los cabezales sin ser visto, pero su marcha resultaría terriblemente lenta.

Estaba considerando este recurso posible de ascenso cuando presentí la nave.

Me propulsé hacia el fuselaje y adherí mis botas al desfiladero entre dos cabezales.

Entonces la vi.

Una cuadrilla de naves de patrullaje. Eran veinticinco y avanzaban muy lentamente en formación de punta de flecha, haciendo destellar la luz de Extraout sobre sus visores acristalados.

A pesar de la situación de riesgo, me sorprendí pensando en lo que era yo, pegado a la monstruosa estructura exterior y acosado por una formación de navíos de combate, en el extremo más infinito del universo, del Nuevo Universo.

Sentí una necesidad acuciante de reír a carcajadas e incluso sofoqué un espasmo hilarante que me estremeció el cuerpo.

Me mordí la lengua y volví a la realidad.

El abismo brutal del infinito espacial provoca reacciones incontrolables en ese pigmeo todopoderoso que es el hombre.

La escala humana se agiganta con el pensamiento, pero, físicamente, es absurda cuando se la compara con el hueco interminable del espacio exterior.

Tenía oxígeno para dos horas, no más, y en ese tiempo debía llegar hasta la cumbre de la estructura.

La cuadrilla de naves ejercía una fascinación atrapadora sobre mí y volví a sentirme tentado de dejarme llevar por esa fascinación, salir de mi protección y lanzarme hacia ellos como un ángel exterminador.

Repentinamente la formación se deshizo y las naves se separaron, moviéndose en todas direcciones para cubrir con su patrullaje el mayor área posible.

Siete patrullas de tres unidades se alejaron velozmente, mientras las otras cuatro permanecían inmóviles en el mismo sitio. Una de las cuatro era diferente, una nave capitana, ligeramente más grande y con visores translúcidos.

Si hubiese tenido un fusil-láser serían un blanco sencillo. Pero tendría que emplear decenas de disparos y contar con una suerte extraordinaria para conseguir dañarlas con el fusil de proyectiles líquidos que portaba.

Tomé la decisión de huir del combate, a menos que fuese

imposible, y comenzar a escalar.

La estructura resistente de la ciudad-factoría, el armazón rugoso por los cabezales y multitud de compuertas de eliminación y otros sistemas, era exterior al armazón compuesto por la red de conductos, nexos habitacionales y calles. Entre las dos estructuras, la portante y la otra, la que era portada, existía una serie de puntos de sujeción pero también gigantescos espacios por los cuales yo podía ascender.

No obstante, las naves de patrullaje, asimismo, estaban en condiciones de volar por los mismos espacios. Decidí ascender por la cara interior de la sólida estructura portante, valiéndome de mis fuerzas y utilizando las botas adherentes. Conservaría la energía del propulsor para los momentos en que no me viera asediado por alguna nave de patrullaje.

Lentamente, comencé a desplazarme por entre ese paisaje lunar invertido, de cráteres como protuberancias, un paisaje de cabezales abulonados, negros y monstruosos, ascendiendo paso a paso, inclinado y con el fusil dispuesto.

Sentía el sudor correr por mi cuerpo y la respiración cada vez más agitada.

Y entonces tuve un presentimiento.

Me dejé caer de bruces, giré el cuerpo y permanecí boca arriba, con los dos pies adheridos a la superficie estructural, observando hacia todos lados.

La nave capitana pasó lentamente a unos cuantos metros y tras el visor principal, con absoluta claridad, vi el rostro grueso, burlón y cruel de Perny Lloydbuck.

Un excelente comandante en jefe para la demencia posesiva de Mangol Blacich.

La nave se fue alejando con infinita lentitud hasta perderse de vista y yo aproveché para utilizar el propulsor y ascender un tramo considerable.

Un tramo que me llevó a darme de bruces con una de las patrullas. No tuve tiempo de ocultarme. Afirmé los pies en la estructura, teniendo la acción de propulsor, y me llevé el fusil a la cara.

Sé exactamente cuál es el punto más débil de una nave de patrullaje, pero un fusil de proyectiles líquidos no resultaba adecuado para entablar una batalla justa.

Me vieron unos segundos después de que yo los tuviera en la mira de mi arma.

Disparé una andanada contra la boca de los tubos de escape de la energía atómica consumida. Los disparos obturaron momentáneamente la salida y la nave se conmovió perceptiblemente. El artillero de a bordo no pudo hacer puntería sobre mí y sus impactos incidieron inútilmente sobre la estructura.

Utilizando el propulsor me moví rápidamente.

La nave detuvo sus turbinas, saturadas por los gases sin expulsar y fue absorbida por el espacio.

Y tuve suerte, porque al ser succionada colisionó con una segunda patrulla y el estallido acabó con ellas.

La tercera unidad del equipo surgió desde muy abajo y comprendí que estaba perdido. No podía hacer nada desde mi posición superior. De todos modos disparé contra los visores, sólo para ganar tiempo y busqué eludirlos con mi propulsor.

Comencé a desplazarme entre las extremidades tentaculares de la estructura, como un bailarín desesperado en medio de una nube negra y, a la vez, transparente.

La nave me buscaba con lentitud. No podía maniobrar adecuadamente si aumentaba la velocidad y, por otra parte, sólo era cuestión de tiempo que me abatieran.

Entonces ocurrió algo insólito.

La nave fue alcanzada por un disparo y estalló. Una pequeña nube amarillenta succionada con rapidez.

CAPÍTULO VI

Un personaje ataviado con un traje espacial y provisto, por tanto, de un sistema propulsor, apareció a un costado. Llevaba un fusil-láser y se acercaba rápidamente a mí.

Se detuvo un instante para volver a disparar.

Observé la línea rojiza del láser y me volví para observar el blanco.

Una nave explotó junto al tentáculo estructural.

Permanecí inmóvil mientras el personaje se acercaba.

Era el comandante Amos Lud.

Apoyó una mano en mi hombro y sonrió tras el visor.

No podíamos hablar porque yo no tenía un sistema de radio en mi traje.

Confieso que estaba encantado con su aparición aunque no comprendía qué diablos podía estar haciendo allí. Sólo hacia un día que había llegado a Extraout y él me había adjudicado una semana de tiempo.

Pero no era aquél el mejor momento para dar o recibir explicaciones.

Amos señaló hacia un punto, más arriba, y nos dirigimos hacia allí.

Su módulo estaba adherido a un ángulo del armazón estructural y era visible desde el espacio.

Entramos en el módulo, ligeramente mayor que el que yo había utilizado, y Amos cerró la compuerta.

Nos quitamos las escafandras.

—Me alegro de verle, señor.

—Hemos tenido la misma idea, hijo.

Lo miré sin comprender.

—Te jugué una mala pasada, debo confesarlo.

—Me temo que no le comprendo, señor.

Bajó la vista.

— Me costó mucho trabajo elegirte a ti, precisamente, para esta misión. Pero su importancia es vital. Mi proyecto consistía en que tú distrajeras a Mangol Blacich desde dentro de la ciudad-factoría. Te buscarían como locos y, de algún modo, olvidarían o disminuirían la vigilancia del exterior.

Entonces entendí.

—Usted llegaría poco después y mientras yo hada el papel de conejillo de Indias...

—... yo trataría de llegar hasta la pirámide de la cumbre y acabar con Blacich. Los miembros de los servicios de seguridad están dominados por la pandilla de psicópatas de Blacich, pero no los secundarán si acabamos con él.

Admito que me sentí como un objeto sacrificable. Pero ¿acaso no era un precio aceptable? Sabía positivamente que el comandante Lud no había tenido otro remedio. Nos apreciábamos mucho.

—Entiendo —dije—. Pero hay algo que usted ignora, señor.

—¿Qué es?

—Blacich ha dispuesto cargas de Letonio bruto en el sistema de aireación. Tiene el control de disparo en su reducto de la pirámide. Mi idea era llegar hasta allí y desactivarlo. Está completamente loco y no vacilará en enviar al infierno a toda la ciudad.

—Estamos en un callejón sin salida.

—No, señor.

—¿Se te ocurre alguna idea?

—Una.

Me miró expectante.

—Vamos, escúpela de una buena vez.

—Su misma idea, señor.

—¿Te has vuelto loco?

—No, comandante. Ellos saben que yo estoy afuera, pero ignoran que usted puede entrar. ¿Me explico?

Se frotó la barbilla y sonrió.

—Necesito una nave —dije.

—¿Para qué?

—Para hacerles frente y distraerlos en el exterior mientras usted entra en la ciudad y consigue llegar hasta la pirámide de la cumbre. No será un paseo, pero no tenemos ninguna posibilidad mejor.

—De acuerdo. Es cierto, no hay otra alternativa.

—Este módulo es más grande —dije—. ¿Es para dos personas?

—Exacto.

Sentí una punzada de dolor al pensar en Yima.

El comandante pareció adivinar parte de mis reflexiones.

—¿Qué ocurrió con Algott?

—Fue asesinado...

A continuación le relaté mi aventura y la muerte de Yima.

—Tal vez aún esté viva, hijo.

—Tal vez, pero en ese caso me desespera pensar lo que Blacich es capaz de hacer con ella.

—Tenemos que actuar. Es preciso pasar en seguida a la acción —dijo, alentándome.

—Necesito un traje espacial.

—Hay varios en el depósito del módulo.

Busqué un traje y me lo puse.

—Ahora quiero un fusil láser.

—Toma —dijo entregándome el arma—, está a plena carga.

—Bien. Mi plan es éste...

Abandoné el módulo una vez que hubimos dispuesto una estrategia común y me dirigí hacia un extremo alejado del rincón en que permanecía Lud.

Sabía exactamente lo que haría.

Vi a la nave avanzar lentamente, observando la superficie de la estructura y atenta al menor detalle sospechoso.

Apunté con precisión y disparé.

El láser destrozó el visor y los tripulantes fueron succionados por el espacio.

Activé mi propulsor y me introduje en la nave por el visor roto. La nave, descontrolada, giraba sobre un eje a reducida velocidad. Mientras tuviese el traje espacial puesto y permaneciera amarrado a la butaca de mando, no tendría problemas.

Cogí los controles y salí disparado hacia el espacio.

Di la vuelta y regresé desde lo alto. Eché un vistazo, de pasada, a las seis pirámides de la cumbre, la corona luminosa de la ciudad-

factoría, y reprimí mis deseos de lanzarme sobre la sala del reino de Blacich.

Vi la primera formación de tres naves y me precipité sobre ellas. No fue difícil abatirlas. La sorpresa y mi mejor posición las dejaron fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

Regresé una vez más hacia el espacio y repetí la maniobra. En tres oportunidades conseguí abatir a nueve navíos de patrullaje, pero en el siguiente asalto estaban aguardándome.

Pasé como un rayo por entre la formación, disparando sin cesar, como un danzarín enloquecido pero preciso. Dos naves más se convirtieron en polvo cósmico y el resto se dispersó.

Entonces vi la luz en el sistema de radio de mi nave.

Busqué el contacto adhesivo y lo apliqué a mi escafandra.

La voz de Perny Lloydbuck me llegó con su burlona y desagradable nitidez.

—Tengo a la mujer —dijo simplemente.

—Yima ha muerto —dije, exasperado.

Me enfurecía que aquel hijo de perra pudiese siquiera hablar de ella.

—Está aquí, conmigo, en la nave capitana. ¡Habla, zorra!

Un punzón de hielo me hirió el corazón.

—Acaba con ellos, Joe... —dijo la voz débil de Yima.

—¡Yima!

—Ya la has oído, imbécil. Ahora quiero que te entregues. Ven muy despacio hacia la tercera pirámide y lleva la nave al círculo de desembarque. Te aseguro que esta muchacha es una verdadera preciosura. Resultará encantador destrozar su maravilloso cuerpo y arrojar los trozos al espacio. ¿No lo crees así?

—¡No la toques, perro!

La carcajada hirió mis oídos. Pude escuchar la voz de Yima gritando que no me entregara, pero era mejor dar tiempo al

comandante Lud. Si yo me entregaba dejarían de vigilar el interior de la ciudad-factoría y Amos tendría mayores posibilidades de éxito.

—Olvida las órdenes, cerdo. O te entregas o comienzo a divertirme ya mismo con esta beldad.

—Voy hacia la cumbre, Lloydbuck.

—¡Magnífico! Eres un individuo razonable, Brody.

La carcajada selló su ironía.

Lentamente, procurando ganar todavía más tiempo, dirigí, la nave hacia la cumbre de la tercera pirámide.

El circulo de desembarque estaba protegido por una cúpula energética, abatible y cuando descendí sobre el centro del mismo, observé una docena de guardias que aguardaban mi llegada.

La nave se depositó en su sitio y vi, un poco más lejos, la nave capitana de Perny Lloydbuck que tocaba la pista de aterrizaje.

Se me ocurrió una última estratagema y activé el sistema de autodestrucción de mi nave.

Luego descendí por la escalerilla y salté a tierra.

Me quité el traje espacial hasta quedar vestido solamente con el mono ocre del personal ocioso y levanté las manos por encima de mi cabeza.

Varios guardias me rodearon y uno de ellos me empujó en dirección a la comitiva que presidía Lloydbuck.

Me planté delante de él.

—¿Dónde está Yima?

—Imbécil —me insultó con desprecio y me propinó un golpe brutal con la mano abierta en pleno rostro.

Sonreí.

—Tus esbirros no te aplauden, cerdo.

Volvió a golpearme, esta vez con el puño cerrado y caí al suelo. Me puse en pie.

Y entonces vi a Yima.

Estaba tendida en una camilla y me miraba con sus grandes ojos verdes. Su tez, pálida y sudorosa, me llenó de compasión.

—¿Cómo estás, amor?

—Tú... no tenías que... — intentó decir, pero las fuerzas la abandonaron y perdió el conocimiento.

Traté de llegar hasta ella pero uno de los guardias me golpeó en la cabeza con la culata de su fusil y caí de rodillas con una multitud de planetas bañando dentro de mi cerebro.

Sentí que dos manos poderosas me ponían de pie y me arrastraban hacia algún sitio. Intenté mover los pies, pero pesaban una tonelada. Después sólo percibí el modo en que me zambullía en una extraña espiral negra.

* * *

Abrí los ojos.

Allí estaba Mangol Blacich, sentado en una butaca enorme, sonriendo con su expresión cruel. Era un sujeto muy alto, musculoso y con el cráneo completamente rapado. Las cejas hirsutas y los ojos negros, ligeramente rasgados, le conferían un aspecto inquietante.

Era uno de esos tipos a los que nada detiene y comprendí que siempre había sabido que estaba loco. Tendría que haberlo liquidado mucho tiempo antes, cuando tuvimos nuestras primeras diferencias.

—Bien venido, Brody —dijo con su voz cascada.

—¿Crees que lo has conseguido?

—Mira a tu alrededor —dijo con un gesto amplio.

La sala era muy grande. Había una docena de guardias armados y en un extremo, sentado en una butaca de menor tamaño que la de Blacich, observé a Lloydbuck inclinado sobre Yima.

Ella aparecía muy quieta en un sillón reclinable de acero y tenía

las manos y los pies firmemente amarrados. Pero no fue eso lo que me llenó de horror, sino el hecho de que estaba completamente desnuda y debajo de su pecho herido la sangre le cubría el vientre.

Respiré profundamente y traté de controlarme. Era peor de lo que había supuesto.

Lloydbuck se inclinó sobre ella y le limpió la sangre con un paño blanco.

—Tiene suerte la zona —comentó—, el proyectil entró y salió. No le interesó ningún órgano vital. Una costilla desvió el proyectil. Podremos jugar con ella.

—No la toques, perro —dije con una voz helada.

Estaba todo jugado y no tenía por qué arrodillarme ante aquella pandilla de cobardes.

Si iban a torturamos no les daría el gusto de verme suplicar.

Un guardia dio un paso hacia mí. Me volví hacia él haciendo girar el pie izquierdo y le lancé una patada con la pierna derecha que lo alcanzó en los testículos.

Se dobló en dos y yo me volví hacia un segundo guardia. Me alcanzó en el costado con la culata de su fusil, pero yo me sentía invulnerable, pertrechado tras una caparazón de furia y odio.

Cogí el fusil, tiré de él y cuando lo tuve cerca le hundí el codo en un ojo. Sentí el ruido de los huesos orbiculares y me hice con el fusil.

—Suéltalo o la mato —dijo Lloydbuck.

Blacich lanzó una carcajada. Continuaba imperturbable.

Dejé caer el fusil porque no hubiese tenido ninguna oportunidad.

—Continúas siendo un tipo duro, ¿verdad, Brody?

—Un tipo sano, Blacich. Simplemente sano. ¿Me admiras?

Su rostro se puso tenso.

—¿Qué te ocurre? Creí que era lo tuyo convertirte en un perro

rabioso rodeado de enfermos mentales. Mírate, bastardo, y mira a tu alrededor. Todos ellos son psicópatas, viven un sueño de sangre, como peleles en tus manos.

—¡Cállate! —aulló Blacich.

Pero no fue su orden la que me hizo callar, sino el alarido de Yima.

Lloydbuck le había hundido un dedo en la herida abierta.

No pude soportarlo.

Me lanzaba sobre él cuando una explosión hizo temblar el edificio. Mi nave se había autodestruido.

El momento de estupor fue suficiente para que yo llegara junto a Lloydbuck.

Salté sobre él y le propiné una doble patada en el rostro que lo arrojó al centro del salón, separándolo del cuerpo desvanecido de Yima.

Varios guardias pretendieron detenerme, pero una orden de Blacich lo impidió.

—No le toquéis, siempre me han gustado las buenas peleas.

Lloydbuck se incorporó a duras penas. Tenía la nariz partida y el rostro cubierto de sangre.

Sonreí con verdadero placer, al menos podría cargármelo a él.

Avanzó como un oso, con los brazos abiertos y las piernas muy separadas.

Entonces supe algo. Tenía que hacer durar la pelea, darle más tiempo a Lud.

Dejé que me abrazara y comenzara a apretarme. Cuando se sintió seguro le destrocé el pie derecho con un fuerte golpe y abrió los brazos.

Le hundí el puño derecho en el hígado y le cogí por los cabellos para mantenerle el rostro alzado. El upper-cut casi lo levantó del suelo y sus dientes debieron partírsele dentro de la boca.

Retrocedió ebrio de dolor y miró a Blacich.

—Tú puedes con él, Perny —dijo Blacich, burlón.

Volvió a lanzarse sobre mí, esta vez con los ojos vidriosos y vociferando palabras ininteligibles. Aguardé su embestida y cuando estuvo sobre mí lo cogí por los hombros, me dejé caer hacia atrás, hundí mi pie derecho en su estómago y lo lancé por encima de mi cabeza.

Cayó espatarrado, pero se puso en pie en seguida, sostenido por una furia demencial.

Miró a Blacich y vi algo más que su rostro divertido por el espectáculo sangriento.

Vi detrás de su butaca imperial, una consola pequeña, un terminal y la pantalla redonda que indicaba el circuito de aireación y las cargas de Letonio dispuestas para volar la ciudad-factoría.

Ese descubrimiento me distrajo y Lloydbuck no perdió el tiempo.

Se echó sobre mí como un toro bravo y me hundió la cabeza en el estómago, arrastrándose en su arremetida y rodando los dos por el suelo. Perdí el oxígeno de mis pulmones.

Me golpeó en el pecho y luego en el rostro. Retrocedí sintiendo el sabor de la sangre en mi boca.

Una ovación general recibió el renacimiento de Lloydbuck. Armé una guardia para protegerme de sus golpes y dejé que me alcanzara una y otra vez, mientras iba retrocediendo hacia Blacich.

Cuando estuve junto a él, abrí la guardia y Perny me lanzó un directo a la mandíbula.

Moví ligeramente el rostro, sólo lo necesario para que no me decapitara y la violencia del impacto me arrojó hacia atrás. Rodé sobre el suelo, me puse de pie en el último instante y quité la placa de activación de la consola.

—¡Maldito seas! —aulló Blacich.

Sin prestarle atención reventé la pantalla de un puñetazo abrí los dedos dentro y arranqué los circuitos. La placa se había roto entre mis dedos heridos por infinidad de cristales.

Sentí un golpe en la espalda y a alguien que me cogía por los cabellos.

Traté de zafarme y me hallé frente a frente con Lloydbuck.

Ya estaba bien.

Le apliqué un golpe en la garganta con la mano en sable. Los ojos se le pusieron en blanco, se llevó las manos al cuello y cayó muerto hacia atrás.

Lo que ocurrió entonces fue providencial.

Por el enorme ventanal abierto hacia la ciudad, entró una nave de la policía destrozando los cristales y dejando estupefactos a los guardias de Blacich.

El propio Blacich había cogido un fusil y estaba a punto de abatirme cuando la nave hizo irrupción en el recinto.

Varios policías disparaban desde la nave contra los guardias que caían como moscas.

Vi el rostro enardecido del comandante Lud y cuando me volví hacia Blacich observé que huía hacia el extremo de la estancia.

Por las puertas entraron varios policías más, disparando sus armas.

Lud descendió en el centro del salón.

—¡He desactivado las cargas, cuida de Yima! —le grité, lanzándome en pos de Blacich.

CAPÍTULO VII

Lud me arrojó un fusil y eché a correr detrás de Blacich.

Desapareció en un corredor oscuro y temí que tuviese algún detonador de emergencia en otro lugar de su ciudadela.

Un disparo me anunció que todavía continuaba allí, en el pasillo, protegido por un recodo.

Alcé el fusil y disparé. El rayo láser destrozó parte de los paneles laterales y escuché claramente los pasos del fugitivo.

Reemprendí la persecución.

Cuando llegué al recodo lo vi trasponer una compuerta. Era un elevador. Me sentí momentáneamente frustrado porque no había otro elevador ni escaleras para perseguirle. Entonces levanté el fusil y lancé el rayo sobre las puertas. Se abrieron y observé el cable de sujeción del elevador.

No lo pensé.

Arrojé el fusil y me sujeté del cable.

La mano herida me dolía terriblemente y los trozos de cristal de la pantalla se clavaban en la carne tensa por el esfuerzo.

Apreté las mandíbulas y comencé a descolgarme para alcanzar la cápsula del elevador.

Repentinamente el elevador se detuvo y me dejé caer sobre el techo. Abrí la compuerta y me hice a un lado. Una andanada pasó rozándome el hombro.

Cuando oí los pasos de Blacich corriendo y alejándose, me introduje por la compuerta dentro del elevador y continué tras él.

Estábamos en un amplio corredor donde olía muy mal y calculé que nos dirigíamos hacia el área de expulsión de desperdicios.

Era un buen sitio para disponer de una alternativa de fuga y Blacich estaba loco pero no era ningún imbécil.

Doblé un recodo y el disparo me alcanzó en el hombro. Fue un dolor breve y punzante que estalló dentro de mi carne en forma de cientos de agujetas.

No debía sucumbir al shock y continué avanzando.

Abrí el panel tras el cual había desaparecido Blacich y lo vi, tres metros más abajo, junto a un módulo del tipo utilizado para circular por los pasillos negros.

Debía tratarse del módulo empleado por Lloydbuck.

Desde el descansillo de la escalera que descendía, pasé una pierna por encima de la baranda y salté sobre él.

Caí sobre sus hombros y rodamos por el suelo. El olor era insoportable. Unos cuantos metros más allá divisé el lago con los líquidos servidos y el hedor me aprisionó el estómago.

Blacich me empujó con ambas piernas y di con la espalda contra la escalera.

Se arrojó sobre mí y lo detuve con un puñetazo en el rostro. Traté de alejarme para poder contrarrestar su ataque. Tenía el brazo izquierdo inutilizado y la mano derecha llena de cristales.

Se puso de pie y nos miramos durante un instante.

Tenía los ojos brillantes, la respiración agitada y el cráneo rapado húmedo de sudor.

Puso los dedos como garras, lanzó un alarido demencial y se arrojó sobre mí.

Yo me interponía entre él y el módulo.

Le lancé un puntapié al vientre que lo resistió pero no le detuvo. Sus manos se cerraron sobre mi garganta y comenzó a apretar. Endurecí los músculos del cuello y con la mano herida procuré neutralizar el estrangulamiento.

Como dos títeres, nos movimos en giros, danzando lenta y sutilmente, en dirección a la ribera del lago de podredumbre.

Sentí que perdía el conocimiento, que la lengua se hinchaba dentro de mi boca y que el rostro de Blacich se deformaba horriblemente a pocas centímetros de mis ojos.

Mis ojos...

Endurecí los dedos y en un último esfuerzo los clavé en los ojos de aquel homicida.

Lanzó un estertor agónico, dejó de estrangularme y se llevó las manos a las cuencas vacías y sanguinolentas.

—¡Apártate!

Reconocí la voz de Lud.

El rayo láser le destrozó el pecho y Mangol Blacich cayó en las aguas hediondas para ser succionado por las compuertas de eliminación.

Me senté en el suelo, miré sin ver la sombra del comandante que se acercaba y perdí el conocimiento.

Lo recuperé unos minutos después, en presencia de Yima. Estábamos muy quietos, en dos camillas, rodeados por el personal sanitario de la ciudad-factoría.

—Todo ha concluido, hijo —dijo Lud—. Hemos arrestado a los guardias sobrevivientes.

—¿Y las cargas?

—Están quitándolas. Hemos tenido suerte...

Miré mis manos, mis brazos y el pecho de Yima cubiertos de sangre y sonreí con dolor. Tenía los pómulos hinchados por los golpes.

—Sí, comandante, hemos tenido suerte.

—Estaremos juntos, Joe —dijo Yima.

—Me gustaría besarte —dije—, pero temo que se me caerían los labios.

Y volví a perder el conocimiento.

* * *

Miré la arena a mi alrededor y no pudo encontrar mi sombra.

El sol estaba exactamente encima de mi cabeza y caía sobre la isla como una catarata de plomo.

El rumor del mar producía un latido rítmico en todos los rincones de aquel paraíso y sonreí con verdadero placer.

Tenía el rostro cubierto por una barba de dos meses y todas mis heridas habían desaparecido por completo bajo las líneas pálidas de las cicatrices.

Controlé una vez más el calor del fuego del carbón y aspiré el aroma estimulante de los pescados asados.

—¡Joe!

Miré hacia la playa.

Yima estaba de pie observándome.

Con un movimiento deliberadamente lento se quitó el corpiño del bañador y luego las bragas.

Realizó un paso de baile que llegó como un alarido a todas mis neuronas y luego corrió hacia las olas para zambullirse como una ondina.

Me lancé tras ella y la alcancé en el arrecife, Luchamos durante algunos minutas como un violador con su víctima, sólo que en nuestro caso los roles no estaban perfectamente divididos. La cogí con fuerza y la besé en la boca.

Yima y yo nos hundimos abrazados hasta que agotamos el oxígeno y entonces volvimos a la superficie.

Ella se aferró al arrecife y sonrió. Tenía los brazos abiertos y el cuerpo dorado y flexible era una invitación hechicera.

—¿Eres feliz? —pregunté.

—Todavía no… —replicó con la voz aguardentosa, los labios entreabiertos y un estremecimiento en el cuerpo.

Nos unimos como si fuésemos el último hombre y la última mujer y, de algún modo, lo éramos.

Sentí su suspiro profundo junto a mi oído y la vibración de su piel agitada por las olas.

—Soy feliz… —murmuró, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

De pronto levantó el rostro y percibí sus músculos tensos contra mi pecho.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Allí…, mira.

Una Coheta se posó suavemente en la playa y el comandante Amos Lud y la doctora Langella saltaron a la arena.

Me separé de Yima y comencé a nadar hacia ellos.

—¡Eh!, ¿qué haces? —exclamó Yima.

—Quiero verte salir desnuda y sumarme a los aplausos.

—¡Maldito seas, Joe Brody, vuelve aquí!

FIN